de Campo Hector de la Calce, se continuaban siempre con gran cuidado, y las fortificaciones, que estaban á cargo del Capitan mayor Don Felipe Camaron, de cuyos puestos se hacia grande y continuo daño al enemigo. Es el Capitan mayor Camaron Indio de la tierra, de mucho valor y singular afecto al servicio del Rey: sirve con seiscientos bárbaros, y algunas veces con mas, y es utilísimo su servicio, su resolucion, aliento y séquito para aquel género de guerra.

El Conde Mauricio de Nasao, viendo lo poco que habia ganado en tanto tiempo, y quán diferente oposicion habia hallado de la que imaginó á los principios, luego que con tanta felicidad desembarcó, hizo un parlamento al exército, representando cómo en apoderarse del puesto de San Antonio consistia la facilidad de la expugnacion de la Bahía, y que ganado él, quedaba consumada la empresa. Púsoles delante la honra que de esto se les seguiria, el despojo, el saco de la Ciudad, la riqueza,

y con breve trabajo acabar la guerra con felicidad y nombre inmortal. Ponderábales el número corto de los nuestros, respecto de la gente del enemigo, los ánimos divididos entre sí, naciones émulas y discordes, los soldados mal contentos y pagados, acostumbrados á perder, los ciudadanos sin experiencia ni valor alguno, llenos de asombro y confusion, viendo sobre sí un exército tan victorioso y grande. Ofreció de parte de las órdenes rebeldes premios y honras, y dispuso que novecientos soldados de los de mas esfuerzo del exército jurasen en su mano de morir ó ganar el puesto; y alentado con esto, escogió mil y seiscientos de toda su gente, y entre ellos los novecientos juramentados. Encargóles el asalto de las trincheras de San Antonio, y el resto del exército mandó que ocupase una colina cerca de la casa quemada.

En este mismo tiempo el Gobernador Pedro de Silva y el Conde de Bañolo, viendo que con las guerras que tenia S. M. en tantas partes podia dilatarse el socorro que

tenian pedido por diferentes avisos, pusieron su defensa en la milicia con que se hallaban, que serian dos mil y quinientos soldados, fuera de la gente de la tierra y ciudadanos, animándolos con la defensa de las propias casas, mugeres, hacienda, vidas, Religion, poniéndoles delante la perfidia del enemigo, su crueldad, obstinados y rebeldes á Dios y á su Rey; que estaba librado en su esfuerzo el vivir con honra y libertad debaxo de la mano de un Príncipe justo, católico, y religioso, ó en servidumbre durísima en poder de hombres viles, hereges y tiranos. Que el número no habia que temerlo, pues éste nunca vence al valor, gente colecticia, marineros, grumetes, sin honra, sin incitamento alguno de virtud ni de honor, lo mas despreciado y soez de los Estados rebeldes. Representaba la valentía de las naciones Castellana y Portuguesa, enseñadas, no solo á vencer por guardar sus casas, que los animales mas débiles saben y suelen defender hasta la última desesperacion, sino á conquistar las naciones

mas remotas, y hacer formidable su nombre en toda la circunferencia de la tierra.

Con estas razones animados los soldados deseaban llegar á las manos con el enemigo; y tuvo cumplido efecto brevemente su deseo, porque á los 18 de Mayo á las ocho de la noche comenzó á marchar el rebelde con los mil y seiscientos hombres, encaminado al puesto de San Antonio: halló en el camino algunas compañías que estaban emboscadas, y pelearon valerosamente, deteniendo al enemigo algun tiempo; pero como era superior en gente, fué cortando la nuestra, y por medio de multitud de balas, que muy á tiempo se jugaban de las trincheras, donde asistia el Maese de Campo Don Fernando de Ludeña, el Sargento mayor Pedro Martinez con su tercio, y algunas compañías del que fué de Don Basco Mascareñas, con resolucion y ánimo grande se arrojó el enemigo en el foso, pensando con esto apoderarse de las trincheras, peleando con grande constancia, y levantado en el borde de ellas, y arrojado den-

tro de las nuestras gran cantidad de granadas y bombas de fuego, sin perdonar artificio ninguno de quantos podian conducir á su intento.

Acudieron de socorro á toda prisa al puesto de San Antonio el Gobernador, el Conde de Bañolo, Duarte de Alburquerque, Luis Barballo, Lorenzo de Brito Correa, el Teniente de la artillería Francisco Perez de Soto, y el del Maese de Campo general Alonso Ximenez, Martin Ferrera, y otros Capitanes, que con su valor y exemplo animaron á los demas soldados á rechazar al enemigo de aquel puesto; el qual viéndose muy acosado de los nuestros, queriendo esforzar y socorrer á la gente que se hallaba en el foso con la que habia dexado en la colina de la casa quemada, donde tenia ocupado puesto para asegurar las espaldas, é ir enviándola de refresco á la parte que fuese necesaria, se le opuso el Maese de Campo Juan Ortiz con su tercio y su Sargento mayor Don Juan de Estrada, que se hallaban con algunas compañías del ter-

cio de Portugal de Fernambuco, todo á cargo de Luis Barballo, en las emboscadas prevenidas para acudir á este intento; los quales rompieron el exército contrario, haciéndole volver las espaldas con gran pérdida de gente, señalándose en esta ocasion el Capitan Don Gregorio Cadena Vandeira de Melo, que recibió cinco balazos, aunque ninguno de peligro, y el Capitan Don Pedro de Roxas, quedando mal herido el Capitan Antonio Rodriguez.

Viendo los nuestros que duraba siempre la pelea en el foso, se resolvió que el Maese de Campo Luis Barballo saliese fuera de las trincheras á pelear con el enemigo y desalojarle de él; y executándolo luego salió por el dique de la casa quemada con los Sargentos mayores Antonio de Freytas de Silva, Francisco Duarte y otros: dieron al enemigo de través, y al mismo tiempo de frente los de las trincheras, donde se peleó grande rato con singular valor de ámbas partes, hasta que el enemigo no pudiendo resistir se puso en huida, despues de haber

peleado tres horas en el foso. Acudió con su tercio del sitio de las Palmas á este tiempo el Maese de Campo Hector de la Calce, que aun tuvo lugar de dar dos cargas al enemigo al tiempo de su retirada. Luego tocaron al arma en los fuertes de San Diego y San Antonio, donde el rebelde con doce barcazas hizo demostracion de acometer; y aunque á nuestra gente les puso en algun cuidado, pero el Proveedor mayor del Estado del Brasíl Pedro Cadena de Villasanti, y Pedro Correa de Gama, que estaban en la Plaza de armas con otros Capitanes y soldados, enviaron un recado á los Generales, que no tuviesen cuidado, porque ellos socorrian aquellos puestos, como lo hicieron con las compañías que estaban de la parte de San Benito, que con gran presteza fuéron á ocupar la playa para impedir que el enemigo echase en tierra su gente.

Toda aquella noche se asistió en nuestros quarteles, y luego que amaneció llegó un trompeta del Conde de Nasao á pedir

suspension de armas para retirar y enterrar los muertos. Concedióse le, y fué en rehenes de nuestra parte el Capitan Pedro de Arenas, quedando de la suya otro Capitan. Entregáronsele trescientos y veinte y siete muertos, que el Gobernador mandó llevar en carros, demas de otros muchos que no quisieron recibir, habiendo sido los que murieron en esta noche sola setecientos, y entre ellos ocho Capitanes, y mas de quinientos heridos. De los nuestros murieron sesenta y dos, y salieron heridos ciento y nueve, y Sebastian de Soto, que murió dentro de pocos dias; y los heridos particulares fuéron los Capitanes Antonio Rodriguez, Antonio Montero Becerra, Don Juan de Tobar, Juan Paez de Melo, el Sargento mayor Antonio Freytas de Silva, y algunos otros Alféreces y Sargentos reformados.

Metió el enemigo en las trincheras y Ciudad mas de dos mil y quatrocientas balas, sin que con ellas ofendiese á persona alguna, habiendo hecho grandes ruinas en casas y Conventos diferentes. Fuése conti-

nuando de nuestros puestos la ofensa del enemigo; el qual para asegurarse en la parte que se habia retirado hizo cuevas en la tierra, y otras prevenciones y fortificaciones, á las quales pareció al Conde de Bañolo se diese un asalto real para hacer esta faccion mas gloriosa; y habiéndolo entendido el rebelde de dos prisioneros que tomó, levantó un trincheron alto, para que de ninguna parte pudiesen ser vistos sus movimientos; y siendo la noche del 26 muy tormentosa, habiéndose disparado dos piezas, resolvió no detenerse un punto, y vergonzosamente se embarcó con tanta prisa, que dexó en el quartel muchos bastimentos, y en los fuertes de Agua de Meninos, Monserrate y San Bartolomé, que tambien desampararon, toda la artillería, municiones y armas que en ellos habia. Executó el rebelde en quantos moradores pudo coger de aquel distrito notables crueldades, como lo habia hecho en las salidas y entradas, sin perdonar mugeres, viejos y niños, pasándoles á todos á cuchillo.

Cobrando nuestra gente las fortificaciones que tenia ocupadas, halló en el fuerte de Agua de Meninos una pieza de artillería de bronce, otra de hierro, y en el de Monserrate cinco piezas de hierro, en el de San Bartolomé quince, y en el quartel donde se fortificó seis de bronce con todos los pertrechos de guerra, fábricas del exército, é instrumentos de campaña. En 27 estuvo el enemigo embarcado sin hacer ningun movimiento; y á la tarde envió á un trompeta con un Ayudante nuestro que tenia detenido con doce de los prisioneros que llevaba, pidiendo los suyos. El Gobernador no los envió por haber hecho el Conde de Nasao mala guerra, faltando á la palabra en no haber entregado los soldados del Capitan Bedoya, que tomó en el fuerte de San Bartolomé, y haber tirado con balas venenosas. En 28 por la mañana se hizo á la vela, sin esperar que volviese el trompeta, con pérdida de dos mil hombres entre muertos, prisioneros y heridos. De nuestra parte murieron ochenta, y quedaron heridos

ciento diez y seis. Y habiendo llegado un navío nuestro cerca del fuerte de San Antonio, que iba de la Ciudad de Oporto al tiempo que iba saliendo el rebelde, enviando el Gobernador doce lanchas con cincuenta mosqueteros, le traxeron y metieron en el Puerto de la Ciudad, sin que el enemigo intentase ofenderle.

CAPÍTULO XXIX.

Bolcan extraño que pareció por Junio en la Isla de las Terceras.

Retirado el enemigo con pérdida de gente, reputacion y artillería de la Ciudad de San Salvador del Brasíl, y concebidas las buenas esperanzas que se deben tener, de que la armada que estaba prevenida en Portugal, hallando los sucesos de aquella guerra en tan buen estado, ha de obrar los efectos que se esperaban en el servicio del Rey, y reputacion de sus armas; ántes de volver al sitio y socorro de Fuenterrabía,

no será fuera de propósito el referir de paso el bolcan extraño que en la Isla de las Terceras pareció por Junio de este mismo año, pues tambien se puede tener por suceso de guerra el pelear entre sí los elementos. Á 26 de Junio comenzó á temblar la tierra de aquellas Islas, señaladamente la de San Miguel, que es donde asiste el Gobernador; de manera que con la concusion grande de los edificios, temblor del suelo, y el terror que causa este linage de calamidad á los mortales, desamparaban sus casas, y salian á los campos, no teniéndose aun en ellos por seguros. De allí á algunos dias se vió á dos leguas de la misma Isla, dentro del mar en mas de ciento y sesenta brazas de profundidad, vomitar inmensa materia de fuego, sacudido el peso infinito de las aguas que tenia sobre sí con la violencia de este activo y poderoso elemento, llenando de nubes, humo, confusion y asombro todo aquel orizonte, despidiendo y levantando al Cielo tanta multitud de piedras envueltas en ceniza con pedazos tan grandes de esta impu-

ra materia, que habia algunos iguales á montes de inmoderada grandeza, los quales levantaba la violencia del fuego algunas lanzas sobre las ondas mismas de la mar, y volviendo á caer, parte resuelta en polvo, y parte condensada y ponderosa, vino á formar un isleo de legua y media de largo, y sesenta brazas de alto, donde habia ciento y cincuenta de profundidad.

Penetró el caliente humor que el bolcan despedia de sí los senos de las aguas, quemando dentro de ellas tanta cantidad de peces, que sacudidos despues á la ribera, escriben los vecinos de aquella Isla, que podian llenar dos naos grandes de la India, que suelen ser de mas de mil y doscientas toneladas. Las causas naturales de tan prodigiosos efectos las tratan bastantemente los Filósofos, si bien son muy raros los que se hallan escritos con tan admirables circunstancias. Las que nosotros podiamos especular, así morales, como sobrenaturales, no dexan de dar bastante indicio de la ira de Dios sobre los hombres; pues al tiempo que

tan ciegamente se combaten unos á otros sobre la superficie de la tierra casi en todas las partes del mundo ; en la Asia entre Turcos y Persianos con tan poderosos exércitos; en la África los Bárbaros entre sí y con los Moros y Turcos ; en la América contra nuestras armas los rebeldes Araucanos , y otros bárbaros y Gentiles , oponiéndose á la verdadera ley ; en la Europa Católicos contra Hereges , y lo que peor es , Católicos contra Católicos : suelta Dios tambien en los profundos senos de la tierra los mismos elementos , dexándoles que tengan entre sí tan fiera concusion y pelea , que el fuego venciendo al agua , manifieste la justicia de Dios contra los que fueren causa de estas miserias , señaladamente aquellos que posponiendo la paz de las gentes á la ambicion propia , y la causa de la Religion Católica y gloria de Dios á la ansia de extender su poder , y de usurpar lo ageno, revuelven el mundo con tan grave daño de la verdadera Religion , y aumento de los que divididos de la Iglesia Romana crecen á la sombra de nuestras discordias.

CAPÍTULO XXX.

Prosigue el sitio de Fuenterrabía.

Con el suceso de haber quemado los doce navíos la armada Francesa en el Puerto de Guetaria, pudo alterarse la resolucion que tenian el Almirante y Marques de los Velez de acercarse con su exército á las trincheras del enemigo, pareciendo muy verisímil, que hallándose con mas de sesenta baxeles el Frances, y un exército tan grande como el que tenia sobre Fuenterrabía, intentaria sin duda tomar por mar y por tierra los Pasages, Lezo, Rentería, y los demas puestos que habia desamparado; con que no solo volvia á hacerse señor del Puerto del Pasage, que es el mejor de aquella costa, sino á tener en continuo cuidado á San Sebastian, y hallarse en fácil disposicion para mayores progresos, con que dexaria cortado al Marques de Mortara en la montaña, ó haria mas fácil desalojarle ó romperle. Á esta causa enviaron los Generales

Almirante y Marques gente para que defendiese los puestos del Pasage y Rentería, y al Coronel Don Diego Isasi y á Don Antonio Gandolfo para que reconociesen lo que se podria obrar prontamente para su defensa: fuéron, y les pareció conveniente poner una cadena en la boca del Puerto, y que con la artillería que para esto se traxo de San Sebastian se pusiesen algunas bateterías en tierra, y se acomodase de manera, que se pudiese defender contra la mar, que era lo que entónces tenia mas riesgo. Executóse así, y quedó este puesto á cargo del Sargento mayor Don Miguel de Beroiz, hasta que viendo que parte de la armada del enemigo se volvió al canal de Fuenterrabía, y el otro trozo quedó siempre á vista de Guetaria, se ordenó al Maese de Campo Don Juan de Chauri, que estaba con su tercio embarcado en los ocho baxeles surtos en San Sebastian, y al Gobernador Feyjoó, que los gobernaba en lo que tocaba al mar, se viniesen al Puerto del Pasage, y poniéndose en la boca de la entrada aseguró aquel cuidado.

Á este tiempo llegó de Cataluña el regimiento de la guardia de S. M., cuyo Coronel es el Conde-Duque; y por tener órden el Marques de Mortara para gobernarle, y ser Teniente Coronel, pidió al Almirante mandase que subiese este regimiento al puesto que tenia ocupado, así por ser la gente de tan buena calidad, como porque tuviese lo que le tocaba, que era la vanguardia. Ordenólo así el Almirante; pero mandó que el tercio que tenia el Marques, en que (como se ha dicho) iba la nobleza de España, que sirvió en esta ocasion á S. M., se aquartelase abaxo, incorporándose con todo el exército. Tambien llegó luego el Maese de Campo general Gerónimo Roo, y consecutivamente el regimiento del Conde de Aguilar con trescientos Napolitanos, gente muy escogida del tercio del Maese de Campo Don Leonardo de Moles, y quinientos hombres de la armada Real, á cargo del Capitan Don Alonso de Salamanca.

Habiendo llegado esta gente, partieron

el Almirante de Castilla, el Marques de los Velez, y los Maeses de Campo generales Marques de Torrecusa y Gerónimo Roo al puesto del Marques de Mortara; y llegando á la Ermita de Santa Bárbara, reconocieron desde ella los quarteles del enemigo, la Plaza, y los ataques y fortificaciones, y vieron en el valle abaxo tres llanos en un poco de altura, cubiertos del puesto de Santa Bárbara, muy cerca de los quarteles Franceses. Aquí parecia conveniente que el grueso del exército se aquartelase, enviando alguna parte de él á la vista de Irun, y de allí se pondria en cuidado al enemigo, siendo así que los bosques que habia delante mandados del puesto hacian el sitio muy fuerte. Podíase venir á él con mucha seguridad, enviando emboscadas delante, por ser muy doblada la campaña, y aquartelándose en ella el exército, se ganaria la eminencia del enemigo, y sustentaria fácilmente. Tomóse por entónces resolucion de enviar al mismo puesto que habian reconocido dos compañías de caballos; con que

las escaramuzas por aquella parte se iban continuando mas freqüentemente, y mucho mas despues que entendió el enemigo que habia llegado el regimiento del Conde-Duque, al qual llamaba muy freqüentemente en él al Marques de Mortara para que les embistiese, acordándole la faccion de Leucata.

Entretanto que se iba encaminando y disponiendo el socorro, no cesaba el enemigo de batir la Plaza, usando de quantos medios pueden imaginarse para estrecharla; y quando los de ella se hallaban tan fatigados, como se dexa entender, cobraron algun consuelo con las nuevas que á los 20 de Agosto tuvieron del Almirante en la carta que traxo el Gascon, de que muy presto les socorreria, enviándoles una instruccion del modo con que se habian de comunicar con la gente del puesto de la montaña de Santa Bárbara, que el Marques de Mortara habia ocupado.

Tenia muy adelante el enemigo una mina, que les daba mucho cuidado, y se or-

denó al Alcalde Diego de Butron que la contraminase : executólo así , y halló que habia cerrado la boca de la comunicacion el Frances con grandes piedras y con mucha cantidad de talegas de greda , reconociendo que las centinelas del cubo no estuvieron tan atentas como debian , pues dexaron trabajar al enemigo toda la noche; creyóse que la habia cerrado para quitar la comunicacion , y los de adentro , sin noticia del engaño , comenzaron á desembarazar la mina , sacando mas de quarenta quintales de piedra y setenta talegas de greda , asistiendo dentro de la contramina el Alcalde Diego de Butron muchas horas con increible valor y constancia , siendo el riesgo muy conocido. Envióse á este tiempo á dar prisa al Alférez Don Francisco del Molino al trabajo de la contramina ; y á las dos de la tarde , al tiempo que comenzó el Frances á tirar bombas á la Plaza de armas de la muralla , llegó tambien el Padre Isasi á solicitar el trabajo de los nuestros. Luego salió de la contramina Don Francisco del Moli-

no, informando lo que habia dentro.

Dió el enemigo á este tiempo fuego á la mina, y por la boca que estaba hecha por la parte de la Plaza salió un bolcan de piedras, tierra y fuego tan grande, que voló los siete hombres que estaban dentro de ella trabajando, y los hizo pedazos, sin que ninguno quedase vivo, derribando tambien á Don Francisco del Molino y al Padre Isasi, los quales quedaron maltratados, aunque sin herida. Al punto se entró á reconocer el efecto que habia hecho en la muralla, y hallaron que no hizo brecha bastante, porque la carga se volvió contra el enemigo, haciéndole grandísimo daño, y matando muchos Franceses. Arrimóse nuestra gente á la muralla, y los Irlandeses se pusieron en la cortina que está pegada al cubo, por ser aquel puesto el que les tocaba, como tambien el de la casamata de aquel lado: púsose la gente de las demas compañías en la trinchera, que franqueaba la entrada de la casamata con las cuerdas caladas, porque el enemigo no avanzase. Acu-

dieron todos los reformados con mucho aliento, y los dos Capitanes Irlandeses Don Daniel y Don David. Jugaba el enemigo su artillería con grande furia, é hizo frente á la muralla con trescientos infantes Franceses de los mas escogidos, encaminándolos al foso; y en las casas de la marina puso un crecido esquadron, avanzándole hasta la muralla, dexando de resguardo una buena tropa de caballos. Mostráronse con gran resolucion los de afuera al acercarse, y los de adentro al defenderse.

Viendo el enemigo que no habia brecha en la muralla bastante, trató de retirarse, siendo cierto que tuvo tanta esperanza en esta mina, que vinieron muchas mugeres de Endaya de Francia al saco, creyendo se tomaria aquella tarde la Plaza.

Á 21 de Agosto viendo el Frances el poco efecto de la primera mina, comenzó á caminar con nueva galería un poco mas abaxo para minar en el mismo cubo, haciendo siempre grande esfuerzo en romper por esta parte la muralla; para esto hizo

tres galerías : la primera hácia el ángulo, pero llegando á la mitad del foso lo impidió el agua : lo mismo le sucedió en la segunda; y en la tercera arrimó tablones gruesos y otros artificios de madera, pareciéndole que si abria camino avanzaria la gente, sin que los nuestros le pudiesen ofender.

Á 22 los de adentro trabajaron en la segunda contramina, haciendo principio en la primera por donde se habia quebrantado la muralla, y dentro de tres dias con grande dicha se encontró por la contramina con el enemigo, cogiéndole por travesía.

Á los 23 comenzó á picar en la parte del baluarte de la Reyna en dos partes distantes una de otra, como dos picas y media, sin que los de la Plaza, aunque peleaban incesantemente de noche y de dia con bombas, piedras y cañonazos, matándole mucha gente, pudiesen embarazar que llegase á picar la muralla.

Esta noche hizo el enemigo salva general con la mosquetería, comenzando de los quarteles de Mendelo; y creyendo muchos de

de los que estaban en la Plaza que peleaban con nuestro exército, acudieron á la muralla á reconocerlo. Prosiguió el enemigo la salva en los demas quarteles y en Endaya, y siguiéndose despues la artillería, se conoció que era alguna fiesta que solemnizaba, sin que entendiesen los de adentro la causa, hasta que á los 24, dia de San Bartolomé, les habló el Marques de Gebre desde las trincheras, diciéndoles que habia sido la salva por la quema de nuestra armada, añadiendo el Marques: *¿Qué era lo que pretendian hacer?* Á que respondieron los de adentro: *Que defenderse ó morir.* Replicó él: *Que el morir era bien quando se seguia algun fruto en ello; pero quando no, ¿para qué?* Y el Capitan Don Daniel respondió: *Que para morir con honra*; con que se retiraron, quedando con algun desconsuelo en la Plaza de la pérdida de nuestros navíos, pero sin primer movimiento de rendirse.

CAPÍTULO XXXI.

Valor raro de Bernardo Bardones.

A 25 de Agosto, despues de haber hallado la mina segunda, anduvieron mas cautos los de la Plaza, porque no les sucediese lo que en la primera, y así procuraron hacer tan capaz la contramina, que el Frances no la pudiese cerrar. El qual puso cantidad de bombas y barriles, y atacando ligeramente la boca de la mina, dieron fuego á la tarde; pero sin mas efecto que arrebatar el fuego á un soldado, que se llamaba *Bernardo Bardones*, y sacarlo fuera de la Villa por la boca de la primera mina; el qual sin turbarse (valor bien extraño) tomó el camino para la estacada de la Plaza; y un Frances, hallándole pegado á sus trincheras, le dió con un chuzo por las tripas, y se las echó fuera, y no obstante la herida, con las tripas en la mano llegó nadando á la estacada, entró en la Plaza, y despues curó de la herida.

Este mismo dia hablaron los de Endaya con los soldados de la Plaza, persuadiéndolos á que se rindiesen; y dióse órden que no se respondiese desde las murallas al Frances, supuesto que era el intento morir ántes que rendirse.

Á 26 de Agosto formó el enemigo otra galería de barricas terraplenadas, sin abrigo de espalda alguna, por no haber través que la pudiese ofender: todavía se le ofendió á los principios con la mosquetería; y el Alférez Lesaca con un arcabuz de caza, no obstante que tiraba descubierto, por estar la muralla sin parapetos, mató mas de treinta Franceses, y entre ellos gente de cuenta. Viendo los de adentro que la parte de la Magdalena quedaba libre, y que en la de la Reyna trabajaba el enemigo, resolvieron de comenzar á los 27 la retirada de la Reyna, porque el Frances iba caminando mucho mas con las minas, y si no llegaban á la contramina, estaban ya bien cerca.

Esta retirada se hizo en tres dias, ayudando las mugeres á terraplenarla. Traba-

jóse tambien en retirar la artillería, que estaba desencabalgada en lo alto del terrapleno de la Reyna, y abrióse en el grueso de la muralla de la Magdalena una tronera, para poner un medio cañon contra la galería que habia hecho el enemigo, y prosiguióse la espalda que estaba sobre el terrapleno de los cestones, para alojar otra pieza grande contra sus intentos. En estos dias no tuvieron los de la Plaza aviso ninguno del Almirante y Marques de los Velez, y estaban con gran cuidado de saber si habia llegado la gente de Perpiñan, por esperar que con ella se dispondria el socorro, y les sacaria del cuidado en que cada dia les iba poniendo el Frances; y para esto trataron de enviar á Don Miguel de Ubilla, y porque diese cuenta al Almirante como ya se gastaban en la Plaza dados de hierro, y el estaño se guardaba para los arcabuces, y para tirar con los mosquetes á puntería. Acabóse de acomodar la pieza en la Magdalena, y tratóse de aderezar un cañon entero para ponerlo contra el baluarte de la

Reyna, en que trabajaron el Capitan Juan de Urbina y Andres de Izurrain con particular cuidado.

Caminaba el Frances con su galería hácia el orejon de los cestones que miraba á la Magdalena para volarle, y descubrir con su artillería nuestras retiradas; pero ofendíasele siempre de la Plaza, y desde este puesto y de los demas habia muerto nuestra artillería y mosquetería tantos enemigos, que se creía pasaban de mil y quinientos los que habian perecido hasta entónces.

Á 28 salió de Fuenterrabía Don Miguel de Ubilla con cartas para el Almirante, acompañado de otro soldado, y no tuvo efecto su intento, porque las centinelas del Frances lo reconocieron, con que se volvió á la Plaza; y este dia y el siguiente la batió el enemigo con grande cantidad de balas y bombas, y acercándose á la muralla con su galería, queriendo picarla, se lo estorbaron los nuestros con bombas y piedras, matándole alguna gente. Tambien se trabajó en labrar dos estacadas junto á la Reyna para

cortar aquel baluarte, y recibir al Frances con la mosquetería, si acaso le ganase; el qual arrimando gran cantidad de maderos, comenzó á picar en dos partes la muralla, la una junto al orejon, y la otra hácia San Nicolas. Los de adentro comenzaron tambien á trabajar en sus contraminas; y esta noche el Capitan Don Daniel, Irlandes, soldado de mucho valor, aunque de mucho donayre, dixo á los Franceses que estaban en las trincheras, *si traían los calzones largos, como solian: dixeron que sí.* Preguntándole, que por qué lo decia, respondióles el Capitan, *que para avisarles que buscasen tixeras para cortarlos, porque siendo tan largos, no sabia cómo habian de huir.*

Á 29 se comenzó por los nuestros una nueva espalda contra las minas que en los cestones trabajaba el enemigo; y porque estos dias avanzaba gente por los manzanales, y se creyó trataban los de afuera de dar fuego á las minas, se asistió con particular cuidado en la Reyna, ordenando el Gobernador Domingo de Eguia al Capitan Don

Juan Esain, que con su gente viniese de la estacada al baluarte de la Reyna, quedando á su cargo y del Capitan Don Juan de Beaumont, y que en la estacada asistiese el Capitan Nicolas de Bransolo con la gente que traxo y con otros quarenta agregados; y así se executó, asistiendo en aquel rebellin con grande valor hasta que se socorrió la Plaza.

Á 30 de Agosto por la mañana envió el Príncipe de Condé al Gobernador y soldados de Fuenterrabía un tambor, al qual se recibió en la Villa, cubriéndolo á la entrada la vista, y llevándolo al castillo, donde acudió el Gobernador, la Villa, el Sargento mayor y Capitanes, dió un papel en Frances, que traducido decia:

El Príncipe de Condé, mi Señor, General de las armas del Rey, su Soberano Señor.

Habiendo reducido á Fuenterrabía á estado de tener necesidad de su bondad, por la fuerza de las armas, y por medio de muchas minas que están aparejadas para volar, cuyo efecto le dará la entrada en la Plaza, y de-

seando que no se siga una ruina, qual de ordinario sucede en las Plazas que se ganan por asalto; su Alteza envia este tambor á notificar al que manda la Plaza para que la resigne en sus manos, conforme las capitulaciones que gustare otorgarles, así al Gobernador, como à los soldados de la guarnicion y sus vecinos, ofreciéndoles, para que vean el peligro que corre la dicha Villa, de hacer reconocer á los que se señalaren para este efecto de parte del dicho Gobernador el estado que tienen las minas. Despues de lo qual su Alteza les declara no esperen alcanzar ninguna gracia de él, ántes todo el rigor que la hostilidad de la guerra hace sufrir á los que una ciega obstinacion lleva hasta aguardar el último trance. Ademas que han de pensar que han hecho todo lo que gente de bien y fieles vasallos deben hacer; y que las tropas que han venido para socorrerles, están imposibilitadas de hacerlo por razon de su flaqueza, y las grandes fuerzas y trincheras que les tiene á su oposicion, mostrándoles sus designios; lo qual su Alteza tambien ofrece hacerlas ver: fuera de que la armada

naval, y los hombres que están en los baxeles destinados para el socorro de la dicha Plaza están todos deshechos. En el campo á 30 de Agosto de 1638.

No tardaron mucho en conferir ni resolver el Gobernador, Capitanes, Alcaldes y vecinos de Fuenterrabía; porque ni las amenazas del General, ni el conocimiento de haber llegado hasta lo posible con la defensa, ni la contingencia del socorro, les dió primera imaginacion de rendirse; y así de conformidad se respondió con el papel siguiente.

El Maese de Campo Domingo de Eguia, Gobernador de Fuenterrabía.

La de V. Alteza se ha recibido de mano de este tambor, y queda entendido lo que contiene: y agradecidos de la advertencia que V. Alteza nos dá, habiendo consultado con la Villa, Sargentos mayores y Capitanes que hay en ella, lo que hemos resuelto es, que V. Alteza vuele las minas quando mandare, y disponga en ellas y en lo demas como le pareciere, que aquí estamos resueltos á resistir y ha-

cer lo que se debe á lealísimos vasallos de nuestro Rey y Señor Don Felipe IV. (que Dios guarde), en cuyo Real nombre y servicio, en defensa de esta Plaza, todos, mugeres é hijos estamos dispuestos á morir ántes que entregarla á V. Alteza, ni á otro que tuviere el gobierno de las armas del Christianísimo Rey de Francia; y en órden á ello V. Alteza disponga lo que fuere servido. Guarde Dios á V. Alteza felices años.

Remitido este papel por mano de su tambor al Príncipe de Condé, quedaron los de la Plaza amenazados con el mismo valor y resolucion que se pudieran hallar socorridos. El Capitan Don Daniel solia decir, *que habia de defender él solo un asalto por la Fé, otro por el Rey, otro por la Villa, otro por la Metresa, otros tres ó quatro por los amigos.* Á este mismo tiempo se iba el Frances fortificando junto á nuestra Señora de Guadalupe, y acabadas dos fortificaciones guarnecidas de artillería, dispuso barracas para alojar la gente, por las muchas aguas que hubo estos dias, con las quales

se le descompusieron al enemigo las trincheras, y á los de la Plaza les fuéron utilísimas, porque llegó á faltar el agua de manera, que bebian así como comenzó á llover de la que hallaban en los hoyos que hicieron en la Plaza las bombas del enemigo, y con la que estos dias cayó se llenaron las cisternas, y se refrescó y alentó mucho la gente.

Á 31 de Agosto al amanecer se acabó de acomodar en la Plaza una pieza de quarenta libras, que mira á la Reyna: cuidóse de hacer balas, y prevenir las demas cosas necesarias para quando el enemigo hiciese brecha, aunque siempre pareció, que no habiendo pasado la contramina con las dos minas que traía, habian de quedar cerca de diez pies de muralla, hallándose en suspension los cercados del efecto que harian las minas.

El dia primero de Septiembre á las ocho de la mañana sintieron venir rastro de fuego, y al punto voló casi toda la frente del baluarte de la Reyna, rompiendo una pared

de mas de veinte y dos pies de grueso ; pero fué de manera, que no podia entrar fácilmente el enemigo por ella, por quedar entre la muralla que habia desde la contramina adentro.

Luego se avanzaron los de la Plaza á defender la muralla ; pero mucho mas á la contramina, por ver que el Frances intentaba alojarse en ella, y en su defensa pelearon todos con mucho valor, señalándose este dia Don Juan Esain y su Alférez Domingo Valardi, el Capitan Don Daniel y los Irlandeses, porque pelearon dentro de la contramina entre una espesa humareda de pólvora con intolerable olor y notorio peligro. Asistió mucho dentro de la contramina el Sargento mayor Osoro, que baxó con gente de refresco diversas veces, peleando y animando á los demas, y ordenando él solo todo lo que se obró y dispuso dentro de ella. Este dia tambien se señaló mucho el Capitan Adrian Pulido y otros, que pelearon seis horas, hasta que el Frances cerró la boca de la contramina que for-

mó la brecha con maderas y faginas, quedando alojado dentro, y principalmente en el pedazo que quedó hácia San Nicolas.

Ordenó el Gobernador que se fortificase la contramina, y no se halló forma para hacerlo, porque el enemigo se habia asegurado de los de la Plaza, y los de ella del enemigo; pero entraron los cercados en nuevo cuidado de lo que podia intentar por dos puertas que habia dentro de la contramina debaxo del terrapleno de la casamata que mira á San Nicolas, que ántes del sitio estaban terraplenadas, y con su pared de mampostería: abriéronse por la parte de dentro para dar comunicacion á la casamata, y para que quando el Frances diese fuego á la mina, perdiese su fuerza la pólvora, respirando por aquella parte. Temióse que minase el Frances por allí, y tratóse de hacer una zanja para descubrir las puertas, en que trabajaron cincuenta hombres, los veinte y cinco soldados, y los demas de la Villa. Tambien recelaban los de adentro que el enemigo minaria la mura-

lla que habia quedado al terrapleno despues de la primera mina, y para atender á esto habia centinelas duplicadas en la contramina, y el Frances de dos troneras que dexó hirió muy mal á dos de los nuestros. Á este tiempo oyeron que el enemigo clavaba estacas, y que picaba la muralla, porque aquella noche y los dos dias siguientes trabajó en hacer dos minas, con que voló buena parte de la muralla.

Proseguíase tambien incesantemente la espalda de los cestones, y púsose un pedrero en un lado del parapeto, á quien tiraban los Franceses algunos cañonazos. Y quitaron la batería que tenian en la marina muy en favor de los nuestros, por haber dexado libre la pieza que barria el foso y frente del baluarte de la Reyna. Continuábase la nueva contramina, teniendo en gran suspension lo que el Frances obraria en la de la Reyna, y en los demas medios que intentaba para la expugnacion, que eran quantos pueden imaginarse.

Al tiempo que los de la Villa se de-

fendian con este valor, el Almirante y el Marques, dispuesto todo lo necesario á los últimos de Agosto para intentar el socorro, enviaron á llamar al de Mortara á su quartel, y se formó junta, en que concurrieron con los dos Generales, Almirante y Marques de los Velez, los dos Maeses de Campo generales Marques de Torrecusa y Conde Gerónimo Roo, el Gobernador general de la artillería Sebastian Granero, Don Diego de Isasi, el Marques de Mortara, y los Tenientes de Maeses de Campo generales Don Diego Caballero y Don Antonio Gandolfo.

El Almirante propuso la necesidad del socorro de Fuenterrabía, lo que S. M. encargaba con repetidas cartas, quánto sería de su servicio que en todo caso se consiguiese, lo que escribia el Conde-Duque á cada uno de los que allí asistian: que habia llegado la gente de Cataluña sobre la que habia en el exército; con que no parecia inferior el nuestro al de los enemigos: quánto merecian los de la Plaza que se aventurasen por su socor-

ro, quando ellos tanto mas de lo que parecia posible habian obrado en su defensa: el crédito de las armas del Rey en socorrerla: el descrédito en que se perdiese á la vista de tan grande exército, y de Capitanes de tal experiencia y valor, quales concurrian en él y en aquella Junta; y que así se discurriese en lo mas conveniente quanto á la forma de la execucion de este intento, supuesto que no podia dudarse que era justo y preciso en qualquier manera disponer el socorro.

Dividióse en pareceres la junta, siendo unos de opinion, que era bien que desde luego se fuesen á reconocer los puestos de Irun por personas de valor, aunque se arriesgase el perderlas, y que se escogiesen mil y quinientos ó dos mil hombres de la gente mejor de todos los tercios, é intentasen por aquella parte la faccion, sin moverse todo el cuerpo del exército. Los que seguian este parecer ponderaban las fuerzas del enemigo, que su gente llegaba á diez y ocho mil hombres, y mil y quinientos ca-

ballos ; mas superior el número , y los regimientos mas viejos que los nuestros , fatigados en el sitio , pero exercitados en él aunque á los principios llegaron visoños los que ya serian valientes soldados : que si se empeñaba todo el exército con el deseo de socorrer la Plaza , era contingente algun suceso desdichado , con el qual no solo se rendiria Fuenterrabía , sino que volverian á cobrar á Rentería , Lezo y los Pasages , caeria la Villa de San Sebastian , quedando en contribucion la Provincia , y por ella el camino abierto á Navarra. La fuerza del exército era la que habia de intentar el socorro, pues los visoños y milicias agregadas del Reyno mas servirian de confusion á los nuestros , que de daño ó terror al enemigo. Si con dos mil hombres viejos no se socorria la Villa por un quartel , no habia que esperar de todo el exército , siendo dificultosa empresa , aun para los soldados mas exercitados, embestir al enemigo en sus trincheras , y mas hallándose fortificado con dos meses de tiempo , sin tener que recelar salidas de la Pla-

za, estando tan falta de gente, debiendo prudentemente ponerse á los ojos, no solo la defensa de Fuenterrabía, sino la de tantas Provincias, Ciudades y Villas como cubria este exército por aquella parte de España.

Otros eran de parecer que toda nuestra gente infantería y caballería debia acercarse al enemigo, y dándole arma por todas partes, intentar por una el socorro: y era esto conforme á lo que S. M. y el Conde-Duque con diferentes cartas y órdenes habian advertido y dispuesto. Fundábanse en el valor de nuestras tropas, donde consideraban mas de cinco mil soldados viejos, Caballeros y personas particulares, los Cabos valerosos y experimentados, defendiendo nuestras casas, y siendo nuestro el suelo que pisamos. Los Franceses fatigados del sitio, gente colecticia y armada por fuerza, con ansia y deseo de volver á su tierra, nacion á quien no endurece, ántes enflaquece el trabajo, de cuyos acometimientos solo pueden dar cuidado los primeros. Poníanse en con-

sideracion las órdenes precisas de S. M., y sobre su servicio el gusto que se le daria en el socorro: quánto sentiria que gente que tanto valor habia mostrado en la defensa de la Plaza se perdiese: el descrédito de nacion tan valerosa como la nuestra, si á vista de tantos Españoles se la llevase el Frances, introduciendo en España una guerra sumamente embarazosa y sensible, y que habia de retardar tanto los socorros á las armas de afuera. Conducia mucho al intento los avisos que habian venido de Flandes y de Italia, donde todas las facciones de los Españoles las habian executado este año dentro de las trincheras y fortificaciones enemigas: si habiamos de tener ménos esfuerzo en nuestras mismas casas del que mostrábamos en las agenas, no creyéndose que así se hubiese atrincherado el Frances, como lo sabe hacer el rebelde. Que si por una parte sola se embestia al enemigo, no tocándole arma, ni acercándose el exército por otras, seria grande la desigualdad con que pelearia el trozo de nuestra gente que inten-

tase el socorro, porque no divertido el exército Frances reforzaria el quartel embestido, y vendrian á pelear dos mil Españoles contra diez mil Franceses, y en sus fortificaciones.

Oidos los pareceres, resolvieron el Almirante y Marques seguir este último y las órdenes de S. M.; y porque se juzgó conveniente en su execucion aquartelarse nuestro exército en los llanos que se reconocieron de la Ermita de Santa Bárbara, en la eminencia que defendia el Marques de Mortara, se le ordenó que se volviese á su puesto, y que los dos Maeses de Campo generales con Don Diego de Isasi, Cárlos Guasco y Don Gerónimo de Tutavila, y los Tenientes de Maese de Campo generales Don Diego Caballero y Don Antonio Gandolfo, y el Sargento mayor Don Benito de Quiroga fuesen á reconocer los caminos para ir á los puestos que se habian elegido, acercándose lo posible al enemigo, para ver mejor informados lo que se podria executar, en conformidad de lo que el Conde-Duque

tambien habia prevenido y advertido en sus cartas con el conocimiento que tenia de aquellos puestos desde que fué con S. M. á Irun, y con particular atencion los habia reconocido.

Partieron á esto el dia siguiente, llevando delante algunas emboscadas, por si intentase el enemigo impedirlo, y por la eminencia les iba cubriendo con golpe considerable de mosquetería el Marques de Mortara, habiendo por arriba reforzado la escaramuza con el Frances para mayor seguridad de los que iban por abaxo. Volvieron los Maeses de Campo generales Marques de Torrecusa, Gerónimo Roo, y los demas Cabos que habian ido con ellos de reconocer estos puestos; y confirióse otra vez sobre la execucion del socorro, resolviendo, que el exército subiese á las eminencias del monte de Yasquivel, enviando á Don Pedro Giron con dos mil infantes á dar vista al quartel de Irun, y que fuese con mil y quinientos el Maese de Campo Antonio de Espejo por la falda de la montaña hácia los

quarteles baxos del enemigo, volviéndose el Marques de Mortara á conservar su puesto.

El dia siguiente, que fué á 2 de Septiembre, llegaron el Almirante y Marques de los Velez con el grueso del exército á las colinas de Yasquivel, habiendo enviado á Don Pedro Giron y al Maese de Campo Antonio de Espejo á los puestos que se les señaló; y dióse órden aquella noche al Marques de Mortara, que con la vanguardia embistiese contra los puestos del enemigo por aquella parte. Y tambien se le ordenó á Don Pedro Giron y al Maese de Campo Espejo, que hiciesen lo mismo por el quartel de Irun, y lo restante del exército en batalla en nueve esquadrones siguiese la vanguardia.

Resuelta esta disposicion, y todos con determinacion grande de socorrer la Plaza, ó morir sobre las fortificaciones del enemigo, fué Dios servido de enviar aquella noche una tempestad tan deshecha de agua, viento, niebla y granizo, que causó tan gran confusion, continuándose la misma fuerza y rigor de tiempo todo el dia siguiente, que

no pudiendo sufrir la soldadesca visoña estar al desabrigo y á sus inclemencias tantas horas, sin tener género de alivio ni reparo, fué desmandándose y desamparando sus banderas, sin que hubiese forma ni remedio cómo contenerles en buena disciplina, retirándose á buscar abrigo por todos los lugares del llano; deshaciendo de manera este accidente y desórden el exército, que á 3 de Septiembre al amanecer, el dia destinado para el socorro, faltaban siete mil soldados de nuestras tropas, habiendo dexado sus armas plantadas en los esquadrones; siendo tal la tempestad y su rigor, que se ahogaron muchos caballos, y algunos soldados de los que perseveraron en sus puestos se caían muertos arrimados á sus picas y mosquetes.

Conservaron sus quarteles con los Generales toda la nobleza del exército, los soldados viejos y particulares, y los Irlandeses, sin mover apénas los pies de donde los halló la tempestad, ni desarrimarse de sus picas, habiendo durado cerca de dos dias con sus noches el furor del tiempo. Viendo

el Almirante y el Marques este desórden de los visoños, resolvieron que fuese á Lezo el de Torrecusa y el Teniente de Maese de Campo general Don Antonio Gandolfo, y procurasen recoger allí, en Rentería y los Pasages toda la gente que se habia retirado; y entretanto quedaron los dos Generales en los quarteles de las eminencias padeciendo la violencia y rigor grande de aquella tempestad, quando tantos soldados suyos, criados en diferente trabajo, no habian podido tolerarle; con cuyo exemplo se conservaron aquellos puestos, siendo tan importantes para continuar el socorro. Estúvose así aquel dia, esperando lo que obraba el Marques de Torrecusa; el qual habiendo hecho quantas diligencias se pueden considerar que haria un soldado tan experimentado y tan valiente Caballero, escribió al Almirante y Marques de los Velez, que no habia fuerza bastante para poder juntar la gente, asegurando, que siendo de tal calidad la mayor parte que componia el exército, podia parecer providencia divina deshacerse

por este camino la faccion, por el riesgo que hubiera corrido con gente tan visoña y mal disciplinada. Fué increible el sentimiento y pena del Almirante y Marques, viendo el exército deshecho, y con él las prontas esperanzas del socorro de la Plaza, en que estaban empeñados con tanta parte de deseo y de reputacion, el tiempo continuando con sus inclemencias, quedándose en pie la causa para no poder juntar los visoños; de la Plaza cada dia esperando nuevas de haberse rendido; sin disposicion el terreno para marchar ni obrar cosa alguna; aumentando la pena la prueba que habia hecho este accidente de lo que se podia recelar que obrarian con el enemigo los que no podian tolerar el rigor del tiempo, quando bien con grande trabajo y cuidado se juntasen. Y viendo que no habia medio ni remedio para reducir á sus banderas los soldados todo el tiempo que duraron las aguas, enviaron órden al Marques de Torrecusa, que subiese á las eminencias donde se hallaban, para ajustar lo que mas conviniese. Hí-

zolo así, y en llegando se juntaron los mismos que concurrieron en la junta pasada; y el Almirante, con increible dolor de ver el socorro de la Plaza reducido á aquel estado, les dixo, que bien les eran notorias las órdenes de S. M., y lo que en virtud de ellas y en su execucion se habia obrado; la resolucion y valor con que se habia dispuesto el exército á socorrer la Plaza: el accidente impensado con que Dios se habia servido de desviarlo, deshaciendo tan irreparablemente nuestras tropas, con ruina evidente de los medios por donde se habia de encaminar la felicidad de la empresa. Que supuesto el estado de las cosas, y que se hallaban en pie todas las razones para socorrer la Plaza, y se conservaban los puestos, y el mismo brio y resolucion en los corazones de la gente mas bien disciplinada y valerosa, que era en quien se podia y debia tener la verdadera confianza, siendo los preceptos de S. M. tan urgentes, dixese cada uno lo que sentia y debia obrarse en el caso.

Confirióse sobre este punto, y habiéndose reconocido y ponderado particularmente el estado en que se hallaba el exército, quán imposibles se habian de experimentar todos los medios y disposiciones para conseguir el socorro, respecto de que ni se podian tan brevemente juntar las tropas deshechas, formar los esquadrones, conducir la artillería, marchar la gente, traer los bastimentos de los lugares circunvecinos, y aun de la pólvora y municiones apénas se podia usar: concurrió la mayor parte en que era conveniente y preciso dexar de proseguir por entónces la empresa, guarnecer con mas gente los Pasages y Rentería, por si el enemigo intentase algo por aquella parte; y que los Cabos de mas experiencia reduxesen la gente á sus banderas, aguardando á que abriese el tiempo para disponer entónces lo que mas conviniese al servicio del Rey; y se le despachase correo á toda diligencia, dándole aviso de lo sucedido, y de lo que habia atrasado y desesperado el socorro el accidente impensado del tiempo.

Tambien pareció conveniente que se avisase á los de la Plaza (porque gente tan valerosa no se perdiese, quando habia tan pocas ó ningunas esperanzas de ser socorrida) de que tuviesen entendido el estado á que habia reducido al exército el tiempo, y que procurasen obrar de manera, que por lo ménos salvasen las vidas y la reputacion de las armas del Rey. Para esto se llamó á dos Irlandeses, á quienes se entregaron las cartas; pero la providencia divina, que con ojos propicios miraba la empresa, lo dispuso de manera, que ni con diligencias grandes que hicieron para entrar en la Plaza pudieron conseguirlo.

Llegaron estas nuevas á Madrid, y sintió sumamente S. M. ver reducidos los medios del socorro de Fuenterrabía á tan mal estado, doliéndose que se perdiesen tan leales y valerosos vasallos; y así habiendo puesto estas cartas en el Consejo de Estado y de Guerra, que se formó en el aposento del Conde-Duque, con palabras de particular recomendacion y cuidado se confirió en la

materia; ponderando el Conde (con quien se conformó la mayor parte del Consejo) los últimos esfuerzos que debian hacerse para socorrer una Plaza, sobre cuya defensa estaban empeñadas las armas del Rey y el crédito de su milicia; considerando que no era posible que el rigor del tiempo hubiese hecho menores efectos, y causado menores daños al Frances dentro de sus mismas trincheras y fortificaciones, que á nosotros en las eminencias y altura de los montes; ántes tanto mayor, quanto corrian las aguas hácia aquella parte, y el concurso de ellas con la fuerza de la tempestad en nacion sin comparacion ménos sufrida que la nuestra, era preciso que les hubiese deshecho del todo. Daba grande aliento ver los sucesos que habian llegado de Flandes, Italia y el Brasíl, donde las armas del Rey, dentro de la misma desconfianza ó desesperacion, habian criado los mejores sucesos y mas grandes victorias: y que así parecia conveniente que se escribiese, que pues ya era verisímil que el tiempo hubiese abierto, y se hallaria en

disposicion el terreno que se pudiese acercar nuestro exército al del enemigo, dispusiesen el Almirante y Marques la faccion de manera, que en todo caso se intentase el socorro. Consultóse esto á S. M., y fué servido de resolverlo en esta conformidad, añadiendo, que no admitiria excusa alguna, si se perdiese la Plaza á vista de un exército tan valeroso, y de tales Generales y Cabos: escribióles tambien el Conde-Duque con vivas razones lo que S. M. deseaba el socorro de esta Plaza; y que aunque tenia bien entendido quánto lo procurarian los que se hallaban con las armas en las manos para socorrerla, tanto mas Generales de tal sangre y valor como á los que S. M. habia fiado y encargado la faccion, todavía no podia dexar de decirles, no solo lo que estaba en esta parte empeñada la causa pública, y con ella el servicio de S. M., sino el gusto que tendria en el buen suceso de esta empresa, poniendo en consideracion con muy eficaces razones las que se habian representado en el Consejo de Guerra y Estado,

para creer que los enemigos se hallarian mas deshechos con la tempestad, que nos hallábamos nosotros; y lo que debia esperarse de un exército tan grande formado de Españoles, en que concurrian soldados viejos, y Cabos de singular experiencia y crédito. Mandó tambien S. M. se ordenase á los superiores de las Parroquias y Religiones se hiciese muy freqüente é instante oracion por el buen suceso de esta guerra y socorro de la Plaza.

En este tiempo, con la noticia que el Príncipe de Condé tuvo del estado en que se hallaba nuestro exército con las aguas, y por la que podia cobrar de lo que padeció tambien el suyo, teniendo prevenidas dos minas para volar la muralla, y la gente dispuesta para dar los asaltos, resolvió de hacerles el último requerimiento, y así les envió otro tambor con la carta siguiente.

El Príncipe de Condé, mi Señor, General de la armada, &c.

Envia por estas postreras este tambor al Gobernador, gente de guerra y vecinos de Fuenterrabía para decirles, que el exército del Rey de España, destinado para su socorro, está retirado, como lo ven, y las tropas de su Alteza están alojadas dentro de sus bastiones, como lo saben: teniendo la compasion que debe tener un Príncipe Christiano y de sus partes de los desórdenes que se seguirán en la toma de la dicha Villa por asalto, donde la honra de las mugeres y la vida de los inocentes están expuestas al furor de los soldados; y estando los modos de tomar la Villa dispuestos, dándole lugar para entrar quando él quisiere, no obstante esto les ofrece toda razonable composicion, tal como puedan y deban esperar de un Príncipe de su calidad; declarándoles, que si no se aprovechan de esta ocasion, y se aguardan á obtenerla, fiados en los reparos que puedan tener para las retiradas, no les será otorgada alguna en aquel extremo. En el campo 3 de Septiembre.

Aunque el valor de los de la Plaza era tal, que les acobardaban poco estas amenazas, y siempre estuvieron constantes en no rendirse, no dexaba de considerarse en ella el estrecho grande á que les habia reducido el sitio, derribada tanta parte de las murallas, el enemigo fortificado dentro de ellas mismas, hecho señor del foso, repitiendo cada dia nuevos asaltos y minas, muertos cerca de trescientos de los de adentro, y con tan cortas esperanzas del socorro; ponderando algunos tambien que ya las municiones de balas se habian acabado. Pero el Alcalde Diego de Butron con ánimo resuelto y valeroso, oyendo esto dixo, que qualquiera que hablase de rendirse, y para este fin ponderase el estado en que se hallaba la Plaza, le mataria él por sus manos; y que habia municiones para defenderse, y quando faltasen, se hallaba con diez y ocho mil reales de á ocho, los quales entregaria para que se hiciesen balas, y se tirase al enemigo. Fácilmente concurrieron todos en este parecer, y en que se respondiese al Príncipe de Condé lo siguiente.

El Maese de Campo Domingo de Eguia, &c.

El escrito de su Alteza el Señor Príncipe de Condé se ha recibido, su fecha de 3 de este mes de Septiembre, de mano de este tambor; y comunicándole con los Señores de la Villa, Sargentos mayores y Capitanes que hay en ella, lo que responden es, que para defender la Plaza no necesita ella de socorro alguno de gente, ni municiones de fuera, ni se aguarda á ninguno; y su Alteza puede dar los asaltos que fuere servido, que aquí estamos resueltos á aguardarlos. Guarde Dios á V. Alteza. Septiembre 3 de 1638.

Con esta respuesta el de Condé aquella tarde mandó quemar las barracas que nuestro exército habia dexado en los puestos de Irun con harto sentimiento de los cercados, pues no sabian si nuestra gente que habian visto en ellos, se habia retirado ó abrigado á la vuelta contra el viento. Teniales esto con grande cuidado, y hallarse sin noticia alguna de lo que el enemigo iba obrando en la muralla; el qual á 4 de Septiembre á las cinco de la mañana dió fuego á

dos minas, que volando parte de ella, quedó en disposicion el terrapleno y con brecha muy acomodada para asaltar la Plaza. Así como cayó tanta parte de la muralla, embistieron con mucho valor hasta treinta Franceses la brecha arriba; pero los nuestros á pedradas y á mosquetazos los rechazaron con esfuerzo y determinacion grande: acudió de los primeros con su pica el Sargento mayor Osoro á reconocer el intento del enemigo, y vió que dos compañías con sus Capitanes se iban rehaciendo y subiendo otra vez la brecha, dando unos humazos tan espesos, que quitaban la vista á los de adentro. Avanzóse el Sargento, y mejorándose de pica, embistió con el Capitan que traía la vanguardia Francesa, *que era el hijo del Presidente de Burdeos*, y metiéndole la pica entre la gola y morrion le arrojó la brecha abaxo. Acudió luego el Capitan Don Juan de Esain y su Alférez, y estando peleando quedaron muertos, Don Juan de tres mosquetazos, y el Alférez mas abaxo á la mitad de la brecha tan léjos, que

no fué posible retirarlo hasta la noche. Murió tambien peleando Don Francisco de Heredia de un cañonazo. El Capitan Diego Butron, y su cuñado el Capitan Juan de Urbina acudieron con diligencia y esfuerzo admirable, enviando gente de socorro, y oponiéndose como valientes soldados á la defensa, y el Capitan Diego Butron, juntando con la valentía de su persona el cuidado y prontitud de las disposiciones y execuciones de la defensa con diligencia y atencion particular.

Peleó tambien en la brecha el Alcalde Pedro Izquierdo (*), y el Capitan Don Terencio con un trozo de Irlandeses, que asistió

(*) Por los señalados servicios que hizo ántes y durante el sitio, en que como Alcalde segundo desempeñó el gobierno político, y asistió puntualmente por su persona con admirable esfuerzo á las facciones mas arriesgadas de la defensa, mereció de S. M. la gracia del Corregimiento de Zacatecas, y sucesivamente fué Alcalde Mayor de la Ciudad y Minas del Potosí, Teniente Capitan General de las fronteras Chichimecas, de las Provincias de Xicayan, y de la Nueva Galicia, y Gobernador Capitan General de la Provincia de Yucatan, con otros destinos. Su hijo Don Pedro Izquierdo sirvió con

con grande resolucion. Fué uno de los primeros que se señalaron Don Alfonso de Mendiguren, Capellan de la compañía del Capitan Esain, avanzándose con su carabina y pica, obligando á picazos á retirarse el enemigo. Acudió tambien al principio del asalto el Licenciado Don Francisco de Asturriaga, Presbítero, natural de Orio, que entró de su voluntad en la Plaza sin exercicio alguno con el socorro que traxo el Maese de Campo Don Miguel Perez de Egea. Duró la pelea del asalto casi quatro horas, estando nuestra gente descubierta á sus trincheras y baterías. Y para que pudiese tolerarse el trabajo, y que todos participasen de

igual zelo de Capitan en la recuperacion de Cataluña, y murió de Veedor y Contador de los Presidios de Guipuzcoa. Su nieto Don Fernando sirvió en la expedicion de Flandes á principios del presente siglo, y por sus méritos ascendió á Teniente Maese de Campo, á Teniente Coronel del nuevo regimiento de Guipuzcoa, y se retiró graduado de Coronel. Ultimamente su viznieto el Coronel Don Fernando Izquierdo es uno de los Sargentos mayores de los 9800 hombres poco mas ó ménos, con que la Provincia sirve á S. M. en las actuales circunstancias.

la defensa, mandó el Gobernador Domingo de Eguia coronar la cortina de San Nicolas de los vecinos de la Villa, asistiendo con ellos el Alférez Zigarroa, y que viniesen, como lo hicieron, con gente de refresco Don Martin de Elizalde con treinta mosqueteros de los de Tolosa, y el Capitan Diego de Butron, sin embargo de que estaba en la estacada haciendo rostro á unas pinazas de gente enemiga, que al mismo tiempo habia embestido por aquella parte, envió á Don Miguel de Ubilla con alguna gente de la estacada; y los dos Capitanes Don Miguel y Don Martin estuvieron enfrente de las baterías del enemigo, avanzando y alentando nuestra gente, hasta que los dos fuéron heridos de dos astillazos de un cañon, si bien no considerablemente. Era cosa de grande admiracion en tiempo de tanta confusion, cuidado y peligro, y entre tanto ruido y estruendo de armas ver las mugeres igualmente animosas que los hombres, trayendo cabos encendidos á la muralla, pólvora y balas; otras venian cargadas de picas del cas-

tillo, retirando los heridos y muertos que estaban hechos pedazos de la artillería, porque no faltasen sus maridos, padres y hermanos de sus puestos. Señalóse este dia Don Luis de Beaumont; y viendo el Capitan Alcalde Diego de Butron, que el Gobernador Domingo de Eguia andaba muy descubierto á las baterías, encargó tuviesen cuidado de hacerle retirar, por la falta que en aquella ocasion podia hacer si le matasen.

Fué este dia muy terrible con la continuacion de las baterías, pues mataron mas de veinte hombres á los de adentro, quedando heridos sin brazos y sin piernas mas de otros doce, habiéndose hallado ya los Franceses en lo alto de la brecha, de donde cayeron mas de ciento y cincuenta muertos al fóso. Murió Don Gerónimo de Xibaxa, soldado muy valiente, de un cañonazo, yendo á gobernar la gente de Tolosa, y con órden de que enviase al Capitan con treinta hombres á la Reyna. Retiróse la gente que quedó herida, y tambien los vecinos algo tarde, que con el calor de la pelea no se

advirtió en el descuido con que anduvieron los nuestros de jugar la mosquetería grande rato en lugar de los chuzos y picas. Para ofensa del enemigo se dispuso esta misma mañana una banqueta que ordenó el Alcalde Pedro Izquierdo, pegada al terrapleno. Acudieron con gran cuidado todos, trayendo la madera necesaria para la obra, porque la banqueta no se podia cortar en el terrapleno, por estar movida la tierra con las muchas aguas. Tambien se comenzó á hacer una trinchera, á que dieron principio los Irlandeses, y la prosiguieron los que iban á mudar la gente. Cuidaba de la obra Adrian Pulido por órden del Gobernador; y el Sargento mayor, aunque acudia á los demas puestos, asistia con particularidad á esto. Á la noche se rebatió al enemigo con bombas, granadas y piedras, procurando embarazar lo que trabajaba junto al ángulo del baluarte. Creyóse que trataba de volar una gran ruina de la muralla que habia quedado en pie, siendo así que su intento era abrir una zanja para avanzar la gente cubierta á la

batería de Santa María. Tambien abrió otras dos junto á las galerías para cubrir la gente del través de San Nicolas.

Á 5 de Septiembre no se movió mucho el enemigo, pero tuvo á los nuestros casi todo el dia en arma, y aunque no avanzó grueso de gente, mostraba tropas gruesas en los manzanales. Dábase prisa en la mina de los cestones, y los nuestros en perfeccionar la espalda que se hacia contra ella, poniendo el trabuco de las bombas para que sirviese de pedrero. Tambien el enemigo trabajaba en la brecha, igualándola y peynándola, y adelantaba la galería á mejorarse, y disponer otro asalto para el dia siguiente. Hizo esta noche una mina pequeña para llamar nueva tierra á la brecha por la descomodidad de las piedras. Asistieron algunos de la Villa al mismo tiempo trabajando y obrando tan alentadamente, que no pudo avanzarse el enemigo. La que obró en esto fué gente escogida, que envió el Capitan Diego Butron, y su Cabo era el Alférez Cigarroa, y con el Joanes de Elizalde, Joanes de Ci-

garroa, Joanes de Azaldegui, Jurado mayor, y Andres de Izurrain, que trabajando le mataron de un mosquetazo.

Á 6 de Septiembre muy temprano comenzó á cargar gente á las trincheras del enemigo, y á las seis de la mañana fué metiendo tropas en la brecha. Jugóse por los de la Plaza la artillería de los cestones con gran daño del Frances, y ántes de comenzar el asalto fué herido de un mosquetazo el Alférez Juan de Roa, persona de mucho valor. Dió finalmente el asalto, y gobernábale un sobrino del Marques de Gebre y su Teniente con la gente mas lucida de su exército. Avanzáronse los nuestros á la brecha, y en particular el Sargento mayor Osoro, que peleó con el Cabo Francés pica á pica, y habiéndole herido, *pidió quartel*, y diciéndole, *que no era tiempo*, de otro bote le arrojó, obligándole á rodar por la brecha. Peleó tan á riesgo suyo el Sargento, y con tal determinacion, que le dieron mas de diez y seis mosquetazos, sin salir herido considerablemente. Volvió otra vez á tocar el Fran-

ces una arma muy viva, y comenzó el tercero y último asalto con la gente mas lucida de su exército. Salieron las picas de los nuestros á recibirle, y el Sargento mayor Osoro con seis coseletes de los de Tolosa, y éstos solos mataron en la primera embestida á ocho Franceses, y el Sargento mayor hirió de un bote de pica al Maese de Campo, y le quitó el penacho que traía. Peleó el Capitan Pulido, y le hirieron de un mosquetazo en la cabeza, y con mucho valor el Capitan Don Terencio, del tercio de los Irlandeses, que habiéndosele quebrado la pica, con el pedazo que le quedó peleó grande rato, hasta que tomando otra prosiguió constantemente, estando todo el cuerpo descubierto á las baterías, si bien al retirarse le hirieron en el muslo de un mosquetazo.

Desde las trincheras de la Plaza pelearon todos, como se podia esperar, y tan sin temor del enemigo, que se avanzaron muchos, siguiéndole y saliendo de la Plaza hasta las de los Franceses. Los que obraron esta valerosa accion fuéron Pedro de Ibur-

ruzteta, Cabo de esquadra de la gente de la Villa, Diego de Miranda, Tomás de Arsu, que al retirarse, y al tomarle de la mano el Capitan Diego de Butron para que entrase en la Plaza, le hirieron de un mosquetazo, Antonio de Belui, Martin de Alberro, y Joanes de Argaiz, siendo cojo, se avanzó hasta la mitad de la brecha, peleando y siguiendo á los Franceses.

Asistió en la parte del baluarte de la Reyna y en los puestos peligrosos el Capitan Juan de Urbina con grande valor. Coronóse la muralla de mas de treinta muchachos de la Villa, que ninguno de ellos pasaba de quince años, jugaron admirablemente sus arcabuces; y en este asalto mató Alonso del Moral con una bomba mas de treinta Franceses, que se habian cubierto en un recodo. Traxose despues otro ingenio antiguo de un barril de madera, y dentro de él piedras y otro barril pequeño de pólvora, y arrojóse por la esquina de la brecha, y como era tan pesado, llevó un número grande de Franceses tras sí, y al rebentar en-

cendió los frascos que traían los mosqueteros del enemigo, de manera que se abrasaron casi todos, y los que quedaron se echaron en el agua del foso, por ver si podian templar el fuego con que ardian.

Con las dos piezas que estaban puestas para defensa se hizo grande daño al enemigo, y el medio cañon hizo el último tiro tan furioso, que recogiendo mas de quarenta hombres que estaban juntos, y á su parecer seguros, les sacudió con bala y palanqueta de manera, que no pareció despues del tiro ninguno. Este dia murieron del enemigo mas de trescientos Franceses, y entre ellos gente muy lucida, quedando en la brecha muertos quatro Capitanes, y otro volvió arrastrando, dexándose una pierna en el camino. Retiróse el enemigo con grande pérdida, dexando á la Plaza quieta lo restante del dia y de la noche, sin atreverse á retirar los muertos: y fué de mucha importancia la diversion que le hizo el Marques de Mortara, que reconociendo el aprieto grande con que fatigaba á la Plaza en estos

asaltos, se avanzó de las eminencias donde se hallaba, y trabando con él muy vivas escaramuzas, le impidió que pudiese proseguirlos tan furiosamente.

Entretanto que el Frances iba estrechando la Plaza, y procurando llevársela á fuerza de asaltos, llegaron las cartas de S. M. con la resolucion que se ha referido, y era en sazon que el cuidado del Almirante y Marques y de todos sus Cabos habian reducido á mejor forma su exército, volviendo á sus banderas los visoños, mejorado ya el tiempo. Luego que llegaron las cartas de S. M. formó junta el Almirante y Marques, en que concurrieron todos los Cabos principales del exército, que habian intervenido en las antecedentes: en ella se confirió largo sobre la materia, ponderándose la dificultad grande que tenia el socorro: que ya se debia creer que los de adentro se habrian rendido, ó que los de afuera habrian á viva fuerza ganado la Plaza: que quando esto no fuese así, no era fácil, hallándose el enemigo con tantas prevenciones de tiempo, em-

bestirlo y vencerlo en sus mismas trincheras, y mas con tantos soldados visoños y mal disciplinados. Volvióse á ponderar lo que convenia conservar este exército, pues en él consistia la defensa de tantas Provincias que se hallaban abiertas, si con un desdichado suceso quedaba vencido: quánto mas conveniente era restaurar la Plaza, quando bien se perdiese, que exponer á la última ruina por socorrerla tanta parte de España. Pero el Almirante, no obstante estas y otras razones que podian considerarse para suspender las Reales órdenes, dixo, que supuesto que S. M. decia en ellas, que no admitiria excusa si se perdiese la Plaza, no era conveniente á tales Generales y Cabos volver á discurrir si se habia de socorrer ó no la Plaza de Fuenterrabía, sino la forma cómo habia de executarse; y así conformándose el Marques con el Almirante, y con entrambos todos los Cabos, se resolvió que se intentase y dispusiese el socorro para el dia de nuestra Señora, moviéndose todo el exército, y acercándose á las trincheras del ene-

migo, tomando y mejorándose de puestos para conseguirlo.

Dudóse si seria conveniente que el socorro se intentase de dia ó de noche; y tenian por opinion algunos Cabos de grande experiencia, que la faccion se executase de noche, pues la ventaja grande de hallarse fortificados los Franceses, y haberlos de embestir en sus mismas trincheras, solo podia suplirse con la turbacion que suele ofrecer á los acometidos la obscuridad de la noche, en la qual se ha visto que tropas de corto número han vencido y deshecho otras de mucho mayor; y á esta causa semejantes facciones siempre en la guerra se acostumbran executar de noche, como lo habia hecho su Alteza este mismo año en el dique de Caloo. Otros eran de parecer, y con éste se conformaron los Generales, que la faccion se hiciese y executase de dia, donde la reputacion de nuestra gente podria obrar los mejores efectos, tanto mas emulándose entre sí las naciones que concurrian en este exército, Castellanos, Aragoneses, Portugueses

y Navarros ; siendo tambien exemplar bastante haber executado de dia esta misma faccion el Serenísimo Príncipe Tomás en las trincheras que el enemigo tenia sobre San-Homer.

Con esto resolvieron los Generales pasar de Lezo á los quarteles á prevenir lo necesario para que se pudiese obrar el dia siguiente, quedando aquella noche ajustado que la faccion fuese de dia, y que obrase todo el exército, dando la batalla al Frances en sus fortificaciones ; con que se ordenó al Marques de Torrecusa, Gobernador de las armas de Navarra, que con dos mil y quinientos hombres, compuestos del regimiento del Conde de Aguilar, trescientos y cincuenta de la armada, y otros tantos Napolitanos del tercio de Don Leonardo Moles, y el tercio de Navarros de Don Fausto de Lodosa, reforzado de otros trescientos de los demas tercios de Navarra, se fuese acercando al enemigo ; y pues le iria siguiendo lo restante del exército, se arrimase al quartel de los Franceses que le pareciese mas fácil de ocupar.

Al Marques de Mortara, que se hallaba alojado en las eminencias de Yasquivel con dos mil y quinientos infantes, compuestos del regimiento del Conde-Duque, y otras compañías de Españoles que se le enviaron aquella noche, y con todos los Irlandeses, se le ordenó que se fuese adelantando por la cordillera de los montes contra los puestos que en ellas tenian ocupados los enemigos.

Á Don Pedro Giron, que con su tercio y el de Sebastian Granero, y otros trescientos y cincuenta Españoles de la armada se arrimase al quartel de Irun, ocupando puestos ventajosos, ó pusiese en cuidado á los enemigos para que no pudiesen, ni reforzar los que tenian en el sitio de la Plaza, ni hacer diversion á los nuestros por las espaldas, ó entrando en los quarteles que dexábamos, ó inquietándonos en los que se podian ocupar de nuevo, quando no se saliera con el intento principal de socorrer la Plaza.

Dadas las órdenes en esta conformidad,

y encomendada la faccion al amparo de nuestra Señora, siendo víspera de su Natividad, marchando primero el Marques de Torrecusa, y tomando su camino por la falda de los montes, se encaminaron el Almirante y el Marques de los Velez con el resto del exército, que seria cerca de cinco mil y quinientos infantes, guiados por el Maese de Campo general Roo, por el camino de la mano derecha, que llevaba el Marques de Torrecusa hácia los quarteles del enemigo, ordenando que asistiesen cerca de sus personas el Gobernador general de la artillería Sebastian Granero, el Coronel Don Diego de Isasi, y los Maeses de Campo Cárlos Guasco, Gerónimo Tutavila y otros Cabos, para valerse de ellos, segun las ocasiones que se ofreciesen. Envióse á Don Antonio Gandolfo á poner el tercio de Don Francisco Mesía en las emboscadas necesarias, para reconocer y asegurar lo cubierto de los bosques y lo áspero de los caminos, por donde era fuerza marchar nuestro exército.

El Marques de Torrecusa, tomando el camino de la falda de los montes, se fué adelantando hácia sus mayores eminencias á dar vista á la fortificacion de Guadalupe, por quedar mas libre de cargar sobre los puestos donde conociese podia obrar mejor los fines que llevaba, formando sus esquadrones, y adelantándolos en puestos ventajosos.

Tenia el Frances dispuesta la fortificacion de Guadalupe, de manera que se hallaba su eminencia defendida con dos reductos, uno á la parte derecha, y otro á la izquierda, y se daba la mano con una trinchera hecha ángulos, dexando por una parte y por otra dos surtidas grandes para la caballería. Habia en entrambos lados dos medias lunas algo apartadas de la línea, guarnecidas de mosquetería y picas, y en los dos reductos dos esquadroncillos con dos piezas de artillería en la parte derecha. Á las espaldas en la campaña de este mismo lado tenia dos gruesos de caballería, y hácia el lado izquierdo una batería de dos piezas, y un esqua-

dron de infantería con una trinchera delante de la frente. Formábase otro esquadron en el bosque, y al encuentro de éste se hallaba toda la gente del Marques de Mortara de frente, y en un camino hondo avanzó dos mangas de mosquetería, que escaramuzaban contra estas fortificaciones. Llegó el Marques de Mortara peleando á desalojar al enemigo de unas peñuelas, y luego ganó lo alto de una colina, dando vista á ménos de tiro de mosquete á las fortificaciones de Guadalupe.

Embistió la gente del Marques de Torrecusa con grande esfuerzo y excelente disposicion al reducto que tenia el enemigo á la mano derecha, y aunque fué rechazada dos veces por la caballería Francesa, peleándose por una parte y por otra muy valientemente, disponiendo y alentando su gente el Marques con palabras y exemplo, como Capitan y Caballero de tan acreditada opinion; á la tercera que se embistió fué tanto el calor con que los nuestros obraron, señalándose entre ellos los Napolitanos, que

se ganó el reducto, obligando al Frances á volver las espaldas, quedando poco mas de cien degollados sobre sus mismas fortificaciones. El Marques de Mortara á este tiempo con el regimiento del Conde-Duque y los Irlandeses tenia ganado el reducto de la mano izquierda, y casi todo el trincheron, donde se alojó mosquetería contra el enemigo. Con esto vinieron á juntarse la gente de Torrecusa y Mortara dentro de los quarteles del enemigo; y habiendo vuelto la caballería Francesa á embestirlos á entrambos, fué rechazada por nuestra infantería, y rompida y deshecha totalmente por la caballería que el Marques de Mortara envió al de Torrecusa, á cargo del Comisario general Don Juan de Terraza, y con él al Capitan Don Bernabé Tomás de Vela, y Diego Diaz de Aux, Caballeros del Hábito de Santiago, que se portaron con grande valor, obligándole otra vez al Frances á volver las espaldas.

En este tiempo llegaron el Almirante y el Marques de los Velez con el primer ba-

tallon de su vanguardia; y pareciendo necesario adelantar las tropas para dar calor á nuestra gente, formó con gran brevedad y arte el Maese de Campo general Conde Gerónimo Roo tres batallones, y se ordenó que Don Diego Caballero, Teniente de Maese de Campo general, ocupase una casa que delante de aquella gente tenia guarnecida el enemigo con algunos arcabuceros, y habiéndolo hecho pasó adelante en seguimiento de los Franceses hácia sus quarteles, y reforzando su gente con algunas mangas de mosqueteros, fué desalojando los enemigos, y poniéndoles en desórden y confusion. Era esta la parte por donde podia el enemigo hacer su retirada, cargado de los nuestros en las eminencias; pero viendo á nuestros batallones formados donde estaba el Almirante y el Marques, y por todas partes desalojada su gente y guarniciones, y el valor con que los nuestros los iban venciendo, rechazando y matando, huyeron tan desordenadamente y con tal terror, que dexaban caer las armas, los mosquetes y las picas.

El Príncipe de Condé, y los Duques de la Valeta y San Simon, los Marqueses de la Forza y Gebre, el Conde de Agramont y el Arzobispo de Burdeos, que eran los principales Cabos del exército, viendo que era imposible remediar el curso acelerado de nuestra victoria, se retiraron con la misma confusion y desórden, pasando en barcas la vuelta del Puerto de Zocoa. Quedaron mil y quinientos Franceses muertos en la campaña, y ahogados otros dos mil en la ribera, porque el concurso grande y miedo con que huían les hacia hallar mas brevemente la muerte donde buscaban la seguridad. La otra parte del exército Frances se retiró por los diques al calor de los quarteles que tenian en Mendelo é Irun, y la misma noche á Francia por el paso de Beobia, por donde habian entrado en España con bien diferentes esperanzas y orgullo. Tiénese por cierto, que si Don Pedro Giron con la gente que tenia hácia los quarteles de Irun tuviera órden de cortar á los enemigos, hubiera sido terrible la matanza,

y de mucha sangre la victoria ; pero verdaderamente en esta ocasion se retiraron con tanta prisa los Franceses, que no creyeron los nuestros que eran tropas suyas las que se movian hácia aquella parte ; y tambien fuera contingente, que si se les cortara el paso, hallaran en la desesperacion el valor que no hallaron en la esperanza : concurriendo con esto ser tan grande la celeridad de la fuga, que se anticiparon con ella á las mas prudentes y cautas prevenciones, porque nunca se imaginó que tan ligeramente habian de volver á Francia los que tan bizarramente se habian portado al entrar en España. Dexaron veinte y tres piezas de artillería, mas de cincuenta banderas, todo el vagage, municiones y bastimentos.

Hallóse entre las piezas de artillería un cañon con la misma letra que el de Brem, y era el mejor y de mayor municion de los que se ganaron, fuera de ser fea la forma del cañon, y la letra que decia así : *Le Cardinal Richelieu. Ratio ultima Regum*, que ya es poco que la tiranía y la violencia sea ac-

cidente ó caso : quieren acreditarla como enseñanza y doctrina grabada en la dureza del bronce, para que de gente en gente vayan bebiendo este veneno los hombres. Fué grande el botin y despojo que se ganó del enemigo ; porque como estaban tan léjos los Franceses de creer el suceso, no pasaron á Francia mas que las personas, y esas con celeridad increible y sin armas : dexaron todas sus tiendas y ropa, los pagamentos abiertos, el dinero, plata y recámara del Príncipe de Condé, y de los demas Señores y Caballeros, los vestidos, alhajas, papeles y órdenes del Rey, enriqueciéndose muchos soldados. Veíanse entre la confusion y la alegría del suceso los mosqueteros Españoles vestidos de Monsieures con capotes y capas de grana muy ricas, vendiendo á vilísimo precio piezas de plata, caballos, joyas, cadenas, y otras preseas de esta calidad. Quedaron prisioneros dos mil Franceses, y entre ellos muchos Oficiales y gente particular. De los nuestros no llegaron á ciento los muertos, y otros tantos heridos.

CAPÍTULO XXXII.

Entra el Almirante y el Marques de los Velez en Fuenterrabía.

Rotos y vencidos los enemigos, llegaron nuestras banderas á Fuenterrabía, recibidos el Almirante y Marques, y los demas Cabos y soldados con increible alegría de los de la Plaza; admirando tambien y alabando todos el valor y resolucion con que el Gobernador Domingo de Eguia, vecinos y soldados la habian defendido, pues subia por la brecha de sus murallas la caballería de la misma manera que entraba por las puertas de la Villa, habiendo padecido y tolerado aquella valerosa gente en sesenta y nueve dias de sitio mas de once mil cañonazos, quatrocientas bombas, seis minas voladas, otra prevenida para darle fuego, tres asaltos generales, trescientos muertos de la Villa, vengados con mil y setecientos que mataron de los enemigos. Obraron los Capitanes y soldados en el de-

seo y aficion de conservar la Plaza, como si fueran vecinos, y pelearan por sus hijos, mugeres y haciendas, y los vecinos de la Villa como si hubieran sido siempre de profesion soldados; y verdaderamente lo mostraron en la experiencia, disciplina y valor, concurriendo las mugeres y los niños con esfuerzo rarísimo, sin que en todo el sitio, con hallarse el enemigo aquartelado á los quince dias de él dentro del foso, y haber comenzado á picar la muralla y batirla tan de cerca, hubiese en la Plaza primer movimiento de rendirla; dando exemplo utilísimo á la disciplina militar de estos tiempos, que no cumplen los Gobernadores de semejantes puestos con hacer lo bastante, si no llegan á hacer lo posible. Pues si el Gobernador Domingo de Eguia la hubiera rendido quince ó veinte dias ántes, pareciera al mundo que habia cumplido bastantísimamente, y le juzgaran por digno de premio; y por no haberse contentado sino con hacer el último esfuerzo, se reduxo á términos la faccion, que llegó el dia en que

vencido el enemigo con tan gloriosa victoria, fué socorrida la Plaza.

De parte de los Generales Almirante y Marques, y los demas Cabos de su exército se obró con singular diligencia en juntar la gente deshecha, de grande arte y disciplina en volver á formar el exército, de sumo valor en conservar los puestos, de excelente disposicion en el dar la batalla; que todo esto se hubo de executar en ménos de tres dias, desde que la tempestad dió lugar á reparar el primer designio; asegurando los que se hallaron en aquella ocasion, y con atencion particular lo miraron, que el dia de la batalla con la resolucion que tomaron el Almirante y Marques, conforme á las órdenes de S. M. y cartas del Conde, de embestir al enemigo, llenó Dios y la Vírgen María el corazon de todos los soldados de una alegría y esfuerzo singularísimo desde los mas experimentados hasta los mas visoños, que aun aquellos mismos que dexaron sus banderas por el rigor del tiempo, iban á pelear y pelearon con el

mismo esfuerzo y tranquilidad de ánimo, sabiendo que habian de embestir en sus trincheras al Frances, como si tuvieran prendas seguras de la felicidad del suceso.

Hizo gran daño á los Franceses la confianza con que estuvieron de que nuestro exército no les habia de acometer en sus trincheras; y dixo Mr. de la Forza el mozo: *Que él bien creía que los Españoles no le embestirian; pero si se resolvian á ello, tenia dispuestos sus esquadrones de suerte, que valdria un soldado de los suyos por cinco de los nuestros.*

CAPÍTULO XXXIII.

Prevencion vana del Cardenal Richelieu.

En Francia se tenia por tan ganada la Plaza, que por cartas interceptadas del Cardenal Richelieu al Príncipe de Condé de 23 de Agosto, escritas desde Abevilla, le dice las razones siguientes:

Señor mio: tengo por tan importante el municionar y fortificar á Fuenterrabía luego

que se hubiere tomado, como si se hubiese de volver á sitiar el dia siguiente, que despacho al portador con quarenta mil libras para emplearlas en este efecto, sin que se puedan divertir á otra cosa.

Y al fin de la carta díce:

Es tanto el deseo que tengo de que Fuenterrabía se ponga en estado de no temer los esfuerzos que los enemigos podrian hacer para recobrarla, que envio al Señor Obispo de Nantes con un Ingeniero para hacer trabajar aprisa en ella, y para hacerla abastecer de todo lo necesario; y para que el dicho Obispo lo pueda hacer mejor, no tendrá otro cuidado ninguno, ni se meterá en otra cosa. Por la eleccion que he hecho de su persona, juzgaréis el afecto con que cuido de las cosas que miran á vuestra reputacion y vuestra gloria.

En que no puede dexar de parecer admirable la anticipada providencia con que tan atento y diligente Ministro envió este socorro mas á nuestro exército; pues entre el despojo se halló tambien esta cantidad reservada, sin haber llegado á ella los Fran-

ceses hasta que se la ganaron los Españoles. Y no ménos es maravilloso el fervor y espíritu con que sigue Francia esta irreligiosísima empresa, pues andan envueltos los Arzobispos con los Generales, los Obispos con los Ingenieros, haciendo invasiones en Provincias Católicas, y conduciendo á esto muchas tropas hereges. Y es cosa cierta, que el Obispo de Nantes tenia prevenido el sermon que habia de predicar dentro de Fuenterrabía el dia de nuestra Señora, en hacimiento de gracias de haber usurpado el Rey Christianísimo injustamente al Rey Católico su hermano esta Plaza, para partirla con los Hugonotes hereges de su exército, como lo tenia ordenado.

Y no me parece fuera de propósito advertir aquí, que en quantos sucesos felices han tenido las armas del Rey nuestro Señor, ganando Plazas, ó rompiendo enemigos católicos, como en la toma de Verceli, y quando en la entrada de Francia ganó tantas fortalezas, castillos y lugares el Señor Infante el año de 1636, nunca ha permitido

que se hagan públicas alegrías, ni que se cante *Te Deum laudamus*, cubierto siempre de tristeza su corazon Real de hallarse necesitado de pelear contra Católicos, y contra los que hace hermanos una misma Religion y Fé; y así solo se hacen quando se defiende alguna Plaza de su Corona, ó en guerra defensiva se tiene algun buen suceso; executándolo tan al contrario el Frances, que con el mismo fervor y alegría se hicieron luminarias, y cantó *Te Deum laudamus* por la toma de Tirlemon, con las sacrílegas circunstancias de su saco y ruina, que pudieran hacer por la recuperacion de Chatelet. Y parécese á esto la exclamacion fervorosa y devota que hizo Mr. de la Forza, herege Calvinista, que habiendo ocupado y hecho quartel suyo la Ermita de nuestra Señora de Guadalupe, y tratado las Imágenes que habia en ella con la impiedad é insolencia que lo acostumbran los perfidísimos Calvinistas, Iconomacos furiosísimos, mandó que predicase uno de los Ministros de su perversa secta, diciendo con voces altas: *Que*

moriria ya contento de haber oido dentro de España su prédica. Y el suceso fué tal, que entre los prisioneros tambien se prendió el Ministro Calvinista que predicó, y por descuido se dexó de ahorcar y quemar, como lo merecia, y así se escapó huyendo; y Mr. de la Forza, por no morir ni contento ni triste, no fué de los últimos que se retiraron á Francia con una fuga tan acelerada.

Enviaron los Generales á Don Bernardino de Ayala, que hoy es Conde de Villalva, para que diese al Rey nuestro Señor las nuevas de este felicísimo suceso. Y no es ponderable la alegría de S. M. con ellas, el gozo del Conde-Duque, y de todos los Ministros y nobleza de la Corte. El pueblo, discurriendo por toda ella con locura cuerdísima, en ocasion de tanto alborozo iba por todas partes con las espadas desnudas gritando: *Viva el Rey, viva España.* Acudieron á Palacio, y entrando por los aposentos de S. M. y del Conde, no paraban hasta ver la cara de su Rey, estando todo abierto para que entrasen, sin diferencia de

personas y calidades, siendo el mayor órden el guardarse ninguno en aquella ocasion. Llenáronse todas las ventanas de luminarias, todas las calles de gente, todos los corazones de alegría y contento; y S. M. y el Conde-Duque enviaron á dar la enhorabuena á la Duquesa de Medina aquella misma noche, con la demostracion que se debe á Señora de tal sangre y estado. Llevó el recado de S. M. el Marques de Aytona, su Gentil-hombre de la Cámara, acumulando el Rey nuestro Señor este favor á los aplausos que tambien se dieron aquella noche al Almirante.

El dia siguiente se vistió toda la Corte de gala, y con mas mesurada alegría acudieron á Palacio los Ministros y la nobleza, besaron la mano los Consejos á S. M., visitando al Conde-Duque, á cuyo aposento concurrian todos, reconociendo quánta parte debia este dichoso suceso á la atencion, disposicion y prudencia con que habia dado direccion, no solo en los medios mas precisos para abreviar los socorros, y juntar á

nuestro exército mas tropas, sino á las resoluciones mismas, y forma de la execucion con que obraron para conseguirse tan gloriosa victoria. Y porque ninguna cosa igualmente afianza las públicas felicidades y grandes victorias, como la piedad y religion que reyna en el corazon de los grandes Príncipes, es justo decir, que habiendo el Rey nuestro Señor, sobre el excesivo cuidado que le costó esta empresa, hecho encomendarla á Dios con repetidas órdenes por toda la Corte y fuera de ella, despues de haber comulgado la víspera de nuestra Señora de Septiembre, y casi al mismo tiempo que el exército estaba embistiendo al Frances, confiriendo con el Conde-Duque sobre la materia, le dixo las siguientes palabras:

Conde, hasta ahora he suplicado á nuestro Señor, que fuese servido que mis armas defendiesen á Fuenterrabía, y que nos diese luz y medios para conservarla: ahora ya la he entregado toda á su Divina Magestad, sin quedarme con parte alguna de ella. Á la resignacion y á la confianza correspondió el

suceso, y al mismo tiempo que el Rey daba á Dios la Plaza, se la estaba Dios dando y defendiendo. Y si todos los Príncipes del mundo tuvieran igual religion, resignacion y afecto, consiguieran tambien prósperos sucesos, ó prevenida con la recta y pura intencion la paz, nunca se executara el furor de la guerra.

En hacimiento de gracias de la merced que nuestro Señor hizo á la Corona de España, no solo fué S. M. á caballo á nuestra Señora de Atocha, acompañado de toda la nobleza de su Corte, del Conde-Duque, y de los Cardenales Borja, Jaen y Espínola, sino que envió á cada uno de los Consejos el decreto siguiente.

El suceso que Dios nuestro Señor ha sido servido dar á mis armas, habiendo Franceses levantado el sitio de Fuenterrabía, le reconozco únicamente de su poderosa mano; y deseando que con demostraciones públicas se den gracias á su Divina Magestad por tan singular beneficio, á su bendita Madre y al Apóstol Santiago, de cuyo patrocinio esperé siempre es-

ta victoria, he resuelto que todos mis Consejos, cada uno en su dia aparte, celebren fiesta en hacimiento de gracias en las Iglesias de Atocha y San Gerónimo, por la particular devocion que tengo á las Santas Imágenes que hay de nuestra Señora en estos Conventos y en la Iglesia de Santiago, hallándose presentes en sus dias cada Consejo; y que en las mismas Iglesias se doten perpetuamente estas fiestas en sus octavas, aunque sin obligacion de asistir los Consejos, para que mi reconocimiento á Dios de la misericordia que ha usado con estos Reynos sea perpetuo, y se implore con toda humildad por la intercesion de su bendita Madre y del Apóstol Santiago su auxîlio y amparo. Tambien deseo que por todos mis Consejos en los dias de sus fiestas se funden perpetuamente el casar tres huérfanas, y el rescate de tres cautivos, buscándose medios de donde acudir á esto en memoria de favor tan singular, y con que espero se establecerá la conservacion y seguridad de mis Reynos. Y he mandado se lleve á la Iglesia mayor de Santiago una lámpara, que perpetuamente arda en memoria de esta victoria, demas

de las fiestas que se han de celebrar allí, como en las demas Iglesias de España. Fio de ese Consejo, que en la parte que le tocare obrará con el cuidado y afecto que acostumbra, y que lo dispondrá todo de manera, que se execute con suma puntualidad. En Madrid á 14 de Septiembre de 1638.

Y porque á la liberalidad y religion de S. M. no faltase la circunstancia de la caridad bien ordenada, ni la memoria á la remuneracion de los vecinos de Fuenterrabía, fué servido de dar inteligencia á este decreto con el que se sigue.

El valor, fidelidad y constancia de los de Fuenterrabía en la defensa de aquella Plaza ha sido tan grande, que por el exemplo se debe conservar en la memoria, encaminándose á su mayor beneficio las obras pías, que en hacimiento de gracias de la merced que Dios nuestro Señor se ha servido hacernos, he mandado se funden; y así he resuelto, que en primer lugar sean preferidas á todas las hijas de Fuenterrabía para la colocacion de huérfanas; y ni mas ni ménos en la redencion de cautivos los que fueren hijos

de la misma Villa: en segundo lugar las hijas de soldados de las fronteras de Africa, y los que estándome sirviendo allí fueren prisioneros de Moros: en tercero hijas de soldados y marineros perdidos peleando, en la dotacion de huérfanas, y ellos en la redencion de cautivos; y en quarto en ámbos géneros entrarán criados de mi casa: en esta conformidad se declarará y executará. En Madrid á 22 de Septiembre de 1638.

Mandó luego S. M. formar junta de Ministros de toda satisfaccion, en que concurrian los mayores de la Corte, para que le consultasen las mercedes que se habian de hacer á la Villa y vecinos de Fuenterrabía, al Gobernador, Capitanes y soldados que la defendieron, y á todos los que en el exército y fuera de él habian servido en esta ocasion. Y porque se halle memoria con esta relacion de las que S. M. hizo á esta generosa Plaza, remitiendo á la lista que despues de acabada se pondrá de los demas que la han recibido de su Real y poderosa mano, me ha parecido poner aquí solamente las que recibió la Villa; omitiendo tambien las que ha

hecho al Conde-Duque, por hallarse aun fluctuando entre la liberalidad y grandeza de S. M., la calificacion de los Consejos, y la modestia singular del valído que rehusa admitirlas, teniendo por único premio y remuneracion el servir á su Rey, como ingeniosamente pondera una de las plumas mas acreditadas de Europa, que con estilo maravilloso y elegante ha conseguido el aplauso comun de las gentes.

1 Lo primero hizo S. M. merced á Fuenterrabía de erigirla en Ciudad, y que se pudiese llamar LA MUY NOBLE, MUY LEAL, Y MUY VALEROSA CIUDAD DE FUENTERRABÍA.

2 Diéronsele cien mil ducados para sus reparos y fortificaciones.

3 Que la barca que continuamente asiste en el paso de Beobia, se ponga á la parte de Fuenterrabía, y asimismo el Alcalde de Sacas, quitándose de la de Irun, donde ha estado.

4 Que el oficio de Correo mayor que está en Irun, resida en la Ciudad de Fuenterrabía para ayuda á sus propios.

5 Hízosele merced del Patronato de la Iglesia de la Villa de Elgoibar, con que sea para la reedificacion, ornato y demas obligaciones de la de Fuenterrabía.

6 Que goce de las penas de Cámara que se causaren en aquella Ciudad, aunque las causas vayan en apelacion á Tribunales Supremos.

7 Satisficiéronseles á la Ciudad y sus vecinos los daños que padecieron, y lo que prestaron de sus alhajas y haciendas, y asimismo lo que hubieron menester para el reparo de sus casas; y que cada vecino dé memorial de sus daños y pretensiones, para que midiéndolo con su calidad, se le haga mas satisfaccion.

8 Diéronse á cada vecino de los de la Ciudad cinco mil seiscientos y diez mrs. por una vez de ayuda de costa para emplearlos en lo mas necesario.

9 Entregáronse á cada viuda, cuyos maridos murieron en la defensa del sitio, diez y ocho mil y setecientos mrs. para que se socorriesen de lo mas preciso.

10 Á las mismas viudas, cuyos maridos murieron en la defensa, se les asienta el sueldo de una plaza de soldado, para que la gocen entre la infantería y dotacion del Presidio todo el tiempo que vivieren.

11 Á los huérfanos, cuyos padres murieron en la Plaza, siendo de edad para poder tomar armas, se les asiente plaza de soldado; y no la teniendo, si fueren personas que no puedan mantenerse, se les dé un sueldo, no por cabezas á todos, sino por familias, con calidad que en llegando á poder tomar armas, sirvan entre la infantería, y entónces cada uno goce de plaza entera.

12 Que con algunos vecinos de Fuenterrabía, contra quien se procede por delitos, y están condenados en penas de Cámara y gastos de Justicia, se entienda con ellos el indulto en todos los casos que no hubiere parte.

Tambien la honró S. M. con la carta siguiente.

EL REY. Concejo, Justicia, Regimiento, Caballeros Hijosdalgo de la muy noble y muy leal Villa de Fuenterrabía: por lo que ha escrito el Almirante de Castilla en 7 de Septiembre se ha entendido, como despues de haber acometido al enemigo aquel dia, fué nuestro Señar servido de dar tan feliz suceso á mis armas, que pudo aquella noche entrar en esa Villa, despues de haber rompido y puesto en huida al enemigo con grande pérdida de su gente, banderas, artillería, municiones y vagage, con que salió esa Plaza del aprieto en que se hallaba, habiendo con vuestro valor resistido por discurso de sesenta y nueve dias el sitio que puso sobre ella, llevando las incomodidades que en este tiempo se ofrecieron con tal bizarría, que sin reparar en las haciendas y vidas, mantuvisteis la reputacion de mis armas con la fidelidad que siempre lo habeis hecho, dando exemplo á todas las naciones vuestra constancia y valor, de que haré siempre singular estimacion, como merece servicio tan particular, pues en él consistió la gloria de tan feliz suceso. Y aunque todo viene de mano de nuestro Señor, reconozco

la parte que en él habeis tenido, que es muy conforme á vuestras obligaciones; y así lo manifestaré, haciéndoos grandes mercedes: y si bien tengo resuelto algunas, me diréis las que se os ofrecieren, que sean de mayor conveniencia vuestra, para que tome resolucion en ellas; y desde luego ofrezco la pronta reedificacion de vuestras casas: y he mandado al Almirante me envie relacion de lo que importa este gasto, para que se provea sin dilacion; y que se dé á cada vecino por ahora el socorro que de él entenderéis. Tambien he mandado me informe los que se señalaron en esta ocasion, á quien se deban dar ventajas sobre qualquier sueldo, porque tan buenos vasallos queden remunerados, y haya memoria en todos tiempos de la fineza con que habeis perseverado y resistido en la oposicion del exército del enemigo; pues hasta las mugeres acudieron á todo lo necesario, gobernándose con tal valor, que no excusaron las acciones de mayor riesgo, de que me doy por muy obligado, y de lo mucho y bien que obrasteis en este sitio, así en daño del enemigo, como en vuestra defensa; y es cierto no olvidaré el amor

y perseverancia con que os habeis expuesto á la fuerza del enemigo, pues habeis tenido tanta parte en que mis armas conserven el crédito que han adquirido en todas partes, y excusado otros inconvenientes. De Madrid á 15 de Septiembre de 1638. Yo el Rey. Por mandado del Rey nuestro Señor, Don Fernando Ruiz de Contreras.

El Conde-Duque escribió tambien la carta siguiente toda de su mano hasta el sobrescrito.

A la muy noble, muy leal y muy valerosa Villa de Fuenterrabía.

S. M. (Dios le guarde) escribe á Vm. dándole las gracias del valor y constancia con que se ha defendido en el discurso de tan largo sitio, de que se ha dado por muy servido, como lo mostrará en las mercedes que hará á Vm., y merece tan justamente, que serán mayores que su deseo mismo de Vm.; las quales solicitaré yo con mucho gusto, quedando contentísimo de este suceso; asegurando á Vm. que me tendrá siempre muy á su servicio, y tan suyo, que nada quisiera sino haber nacido hijo de esa Vi-

lla, pues ha sido la honra de toda nuestra nacion. Dios guarde á Vm. con la felicidad que deseo. Madrid 15 de Septiembre de 1638 años. Don Gaspar de Guzman.

Con los segundos avisos se supo que á los 8 de Septiembre partió la armada Francesa de la concha, haciendo bordos para salir afuera, desamparando el castillo de Iguer, llegando á hacer frente de banderas á San Juan de Luz, donde se fortificó. El dia siguiente pasó el exército de S. M. á hacer frente de banderas en Irun, ocupando las fortificaciones que en aquella parte tenian los Franceses al paso de Beobia, y se mandaron deshacer las que hacian oposicion por la parte de Francia.

En Irun dexaron los Franceses dispuesta una maldad de perversísima é indignísima guerra, mucho peor sin comparacion y mas vil que haber desamparado sus banderas con una fuga tan deshecha y rota; porque en la casa de Juan de Arbelaiz, que es la mejor de aquella Villa, juzgando al desampararla que la ocuparia alguno de los Cabos mas

principales de nuestro exército, dexaron cubiertos muchos barriles de pólvora, y una mecha encendida con tal temple, que lentamente fuese dando fuego para que se volase la casa con los Cabos ó Generales que la ocupasen. Habiendo entrado en ella Don Pedro de Salazar, Gentil-hombre del Almirante, que prevenia su alojamiento, lo reconoció, y por breve distancia de tiempo se excusó el peligro; mereciendo bien poco los Generales de España el ocasionarles este riesgo con una accion tan infame, pues habiendo enviado el Príncipe de Condé por todos sus criados, y con ellos los de otros Cabos principales de su exército, se les entregaron sin ninguna talla, sin aguardar para esto órden de S. M.

Á los prisioneros Franceses, que fuera de los que se entregaron al Príncipe de Condé, quedaron mil y trescientos, porque no estuviesen ociosos, y diesen satisfaccion á los vecinos de Fuenterrabía del daño que les habian hecho en su muralla, se les ordenó que trabajasen en el reparo de ella, dándoles un real cada dia de socorro; teniendo este con-

suelo los vecinos de la Villa, que si Franceses se las derribaron, Franceses se las volvieron á reparar. Y deseando S. M. asegurar las fortificaciones de la Plaza, y que se alojase aquel exército, como era razon, porque iba ya entrando el invierno, y para ajustar algunas pretensiones que tenia la Provincia sobre el punto de los alojamientos, dió órden que partiesen de esta Corte el Licenciado Don Francisco Antonio de Alarcon, del Consejo Real y de la Cámara, el Licenciado Don Diego de Riaño, del mismo Consejo, uno y otro del Hábito de Santiago, y Don Nicolas Cid, Veedor general del exército de Lombardía, y del Consejo de Guerra, y con ellos algunos Ingenieros que dispusiesen luego las fortificaciones.

Dió órden tambien S. M. al Marques de los Velez que volviese al gobierno de Navarra y Aragon, dándole las gracias del valor, prudencia y cuidado con que se habia portado, que no puede bastantemente ponderarse; y que el Almirante de Castilla volviese al descanso de su casa, y á servir su ocupacion

cerca de la Real persona; ordenando que el dia de su entrada, que fué á 19 de Noviembre, le saliese á recibir el Conde de Monterey, Consejero de Estado, que con tan clara opinion de prudencia ha ocupado y servido los mayores puestos y gobiernos de la Monarquía, concurriendo ser su persona la de mas estrechos vínculos de parentesco con el Conde-Duque, que encaminó de esta suerte la mayor honra, estimacion y lucimiento de la entrada del Almirante, saliéndole á visitar primero por su persona á Caravanchel, donde fué recibido y acompañado del de Monterey y de toda la Corte, y llevado á Palacio con el aplauso debido á su persona, y á la concurrencia de tan grande suceso y victoria como por su mano se habia conseguido.

CAPÍTULO XXXIV.

Suceso de las galeras de Sicilia y Francia.

Por este mismo tiempo llegó aviso de que habiendo sabido el General de la armada

Francesa, que se hallaba con quince galeras muy bien armadas, que catorce de las nuestras estaban en la ribera del Saona, determinó de irlas á buscar á los últimos de Agosto; y reforzando sus galeras, y armándolas con pavesadas y otros reparos, llenándolas de muchos Caballeros Franceses de Malta y de toda la nobleza de la Provenza, fuéron la vuelta de las nuestras, y las hallaron á quince millas de Saona; y habiendo estado á la vista sin embestirlas, pareció á Don Juan de Orellana y á Don Rodrigo Hugo de Velasco, Cabos de nuestras quince galeras de España y Sicilia (por haber vuelto la Bazana que estaba en Génova), que era bien tomar parecer de los Capitanes. Reconocióse que nuestras galeras se hallaban sin chusma, y con soldados visoños, y que casi todas hacian agua: que bastaba pelear con ellas, si nos embestian; pero si ellos no embistiesen, era lo mejor continuar su viage á Génova. Todavía Don Juan de Orellana y su Ayudante resolvieron que se les embistiese; y si así se hubiera executado con buen órden,

como lo determinaron con sobrado valor, fuera muy conocida la victoria. Las primeras que embistieron fuéron la galera San Juan y Santa Catalina que estaban en el cuerno derecho, y por otra parte la galera Santa Ana y San Pedro; las quales se embarazaron de manera al pelear, que apénas pudieron ser de provecho. La galera Santa Catalina tenia ya ganada la Francesa, contra quien habia embestido, quando llegaron otras dos Francesas á socorrerla, y abordaron á Santa Catalina, á cuyo socorro volviendo el Capitan de la misma galera, que ya estaba en la de los Franceses, con otro de su infantería, al uno le dieron un balazo en la cabeza, y al otro en un brazo, de que cayeron entrambos: mataron al cómitre, artillero, timonero y otros Oficiales, hiriendo y obrando con tan grande esfuerzo los Franceses, que estuvo casi perdida del todo esta galera por no haber llegado ninguna de las otras á socorrerla; y un forzado Catalan y otro soldado anduvieron tan valerosos, que peleando con los Franceses

bastaron los dos solos á recuperarla, matando catorce de treinta Franceses que habian entrado en ella, y haciendo huir á los demas. La galera Santa Clara ganó la Francesa que le embistió, por no haber tenido la Francesa quien la socorriese. La galera Santa María luego que comenzó á pelear se levantó la chusma, y matando y degollando nuestra gente, que estaba divertida en pelear con el Frances (y entre otros á Don Antonio Enriquez, Caballero de mucho brio, y que iba á servir á Italia) se alzaron con la galera los Moros, y se fuéron con ella á África.

Lleváronnos tres galeras los Franceses, y nosotros les llevamos otras tres. Arribaron las nuestras á Mónaco, y la Patrona de España volvió con el estandarte Real: la Capitana de Sicilia y otra de la misma esquadra derrotadas vararon en tierra en la misma costa. Duró muchas horas, y fué muy sangrienta la batalla, muriendo quatro mil y quinientos soldados de los Franceses, y entre ellos número excesivo de Monsieu-

res y de la nobleza de la Provenza. De los nuestros faltaron mil y quatrocientos entre soldados, forzados y esclavos. Salieron heridos Don Juan de Orellana y Don Alonso Perez de los Rios: mataron dos Capitanes de dos galeras de España; y á Miguel de Barrio, Capitan de la galera Santa María, le cautivaron. Murió Don Rodrigo Hugo de Velasco, Cabo de las de Sicilia, Don Christoval de Heredia, y un Maese de Campo; y eran quatrocientos y cincuenta los heridos Españoles y Franceses que por este tiempo se hallaron curando en Génova. Y con ser así que tres galeras que nos llevó el enemigo las suplimos con otras tres que nosotros les ganamos, y que la pérdida de la nobleza y número de la gente fué tanto mayor la del enemigo, que habia galera de las suyas que no se hallaba con doce hombres; todavía no se ha tenido esta por victoria, sino por desórden, respecto de que nunca el Frances con igual número de galeras se ha atrevido á pelear con las nuestras. Hizo gran falta hallarse nuestras galeras sin General

que gobernase la faccion, aunque se han tenido avisos de lo que lloraba la Provenza el número grande de gente principal que habia muerto en aquella batalla; pues apénas dicen que se hallaba casa noble, en que no faltase padre, hermano ó hijo, y entre ellos el General de la armada.

CAPÍTULO XXXV.

Pelea Don Cárlos de Ibarra con siete galeones contra diez y siete navíos de Olandeses.

Y porque no hubiese pieza por tocar en los exércitos, armadas y baxeles del Rey nuestro Señor este año de 38, en que fuese necesario experimentar el valor de los Españoles, y la proteccion que Dios da á sus armas; llegó aviso, que habiendo entendido los rebeldes que Don Cárlos de Ibarra, Vizconde de Centenera, partia de Cartagena con siete galeones de plata, armaron con diez y siete navíos escogidos á un famoso Corsario, á quien llaman Pie de Palo, y á Diego de

los Reyes, con órden de que saliesen al Cabo de San Anton, y peleasen con ellos. Habiéndose entendido esto en el Consejo Real de las Indias y en su junta de Guerra, se dió aviso á Don Cárlos de Ibarra para que fuese con la prevencion que el caso requeria. Partió de Cartagena de las Indias el Vizconde, y llegó con su armada, que constaba de siete galeones, á los últimos de Agosto doce leguas de la Habana, á un puesto que llaman Pan de Cabañas, y por tener el tiempo contrario no pudo tomar el Puerto. Vió la armada del enemigo que venia la vuelta de la nuestra, y mandó disparar una pieza para dar señal de batalla á nuestros galeones, y que tomase cada uno en los navíos el puesto que le tocaba, conforme la disposicion y órden que se les habia dado. La Capitana y tres naos las mayores del enemigo embistieron á nuestra Capitana y su Almiranta, y otras dos naos con ella á nuestra Almiranta, y á las cinco restantes las doce rebeldes. Metió la Capitana enemiga su baupres por la jarcia del trinquete de la nues-

tra con tan grande resolucion, que traía su gente sobre cubierta; cosa que nunca la acostumbran los Olandeses, porque siempre pelean debaxo de jareta. Traía tres andanás de artillería la Capitana Olandesa con cincuenta y quatro piezas de bronce, siendo los calibres de las balas de á cincuenta, veinte y cinco, y veinte libras; y habiendo dado la carga á nuestra Capitana, y Don Cárlos órden que no se disparase hasta que estuviesen tan cerca que no se perdiese tiro, habiendo abordado del todo, dió tres cargas de artillería y mosquetería nuestra Capitana tan furiosas, y con tan buen órden, y haciendo tanto daño al enemigo, que cortando cabos y aparejos, se desabordó y se apartó huyendo, siguiéndole lo bastante para que se viese por quién quedaba la victoria. Nuestra Almiranta, á cargo de Don Pedro Ursua, Almirante de los Galeones, Caballero del Órden de Santiago, y de mucho valor, se defendió con la misma resolucion y buen órden; y las demas naos y Capitanes cumplieron igualmente con su obligacion.

Quedó herido el General Don Cárlos de Ibarra y el Almirante Don Pedro de Ursua; y ni por esta causa quiso el General recogerse, ni dexar el gobierno de la armada: lo mismo sucedió al Almirante; y fuéron muertos y heridos algunos Capitanes y Cabos, de que se hace particular memoria en la relacion impresa que corre de esta faccion.

Retiróse el enemigo, y volvió á embestir otras dos veces á nuestra armada, siempre rechazado con tanta pérdida de gente, que resolvió de aguardar otros ocho navíos que le venian de socorro. Viendo esto el Vizconde Don Cárlos, y que ya la armada del rebelde apénas se divisaba de la nuestra, formó junta para ver lo que convenia obrar, y si seria bien tomar el Puerto de la Habana con el riesgo de pelear otra vez, conduciendo aquellos pocos navíos los millones y tesoro de S. M., ó seria mejor arribar á la Veracruz, para venir comboyando la flota de la Nueva-España, que se hallaba en aquel Puerto. Resolvióse que esto último era lo

mas conveniente, concurriendo en este parecer el Licenciado Don Juan de Carvajal y Sandi, del Consejo Real de las Indias, que de visitar las Audiencias de Lima y las Charcas venia en este viage. Seguida esta resolucion por los nuestros, el rebelde desembocó el canal, y volvió á Olanda, habiendo castigado á algunos Capitanes, por parecer que no habian cumplido con su obligacion.

Por este tiempo alegró Dios á España y á Francia con el feliz nacimiento de la Señora Infanta Doña María, que fué á 20 de Septiembre, y por el mismo tiempo del Delfin de Francia, reconociéndose estas dos clarísimas luces entre tantas tinieblas y confusion de guerras, que hacen hoy tanto mas amada y deseada la paz. Hizo mas solemne la fiesta del Bautismo de la Serenísima Infanta, que fué á 7 de Octubre, y el alborozo de la Corte el hallarse en ella, y ser sus Padrinos el Señor Duque de Módena y la Señora Princesa de Cariñano, bautizando á su Alteza el Cardenal Don Gaspar de Borja, premiando S. M. con semejantes

honras la fineza con que han servido estos años en las guerras de Italia y de Flandes los Señores Duque y Príncipe Tomás.

CAPÍTULO XXXVI.

Epílogo de todos los sucesos de esta relacion.

Estos son los sucesos del año de 38, con que ha señalado el dedo de Dios quien defiende en el mundo su causa, dando conocimiento claro á qualquiera juicio desapasionado, quánto excede el valor de las armas de España, y el crédito de su milicia á la de sus enemigos. Pues quien considerare con ánimo libre de afectos, que habiendo entrado á los principios de esta campaña de conformidad el Frances y el rebelde á repartirse los Paises Católicos de Flandes con quarenta y cinco mil infantes, y diez mil caballos; y que con ménos de cinco mil venció el Señor Infante Cardenal al rebelde en el dique de Caloo dentro de sus mismas trincheras, degollándole mil y quinien-

tos hombres, otros mil y quinientos que se ahogaron, y prision de dos mil, ganándole sesenta banderas, todo el vagage, artillería, municiones, bastimentos; y que volviendo otra vez a embestirle su Alteza con siete mil infantes y dos mil caballos en las trincheras de Güeldres, teniendo el rebelde catorce mil infantes y tres mil y quinientos caballos, no se atrevió á aguardarle, dexando algunas piezas de su artillería, deshecha buena parte de su retaguardia, y presos un primo y sobrino del Príncipe de Orange; y que con pocos mas de nueve mil infantes socorrió el Señor Príncipe Tomás dos veces á San-Homer contra el exército de Xatillon, que constaba de quince mil infantes y cinco mil caballos; y últimamente ganándole los Españoles sus fortificaciones, los reduxo á términos, que pidieron las condiciones para dexar el sitio, que no pidieran los sitiados para rendir la Plaza; y que á un regimiento de dos mil Franceses, pudiéndolos vencer con mas gente, envió solos quatrocientos mosqueteros, con que les obligó á de-

xar las armas y rendirse, pidiendo que les dexasen las vidas: que habiendo un exército tan grande, como el de Mr. de la Forza, de diez mil infantes y quatro mil caballos, sitiado y batido á Chatelet, se la defienda el Gobernador hasta que se junten con él las tropas y exército de Xatillon, y últimamente les cueste la Plaza siete mil Franceses; y que entrando á una Provincia tantas veces combatida como el fidelísimo Condado de Borgoña, obrando el Duque de Longavila, General Frances, con su gente las crueldades que nunca llegaron á executar los bárbaros mas agenos de toda razon, le rompa un exército mal disciplinado, como lo estaba entónces el del Señor Duque de Lorena, obligando á retirarse el enemigo con pérdida de mas de dos mil hombres: que teniendo en Italia á su alianza el Rey Christianísimo todo el Piamonte y Saboyardo, y parte del Monferrino, y un exército que se jactaban que habia llegado á catorce mil infantes y quatro mil caballos, les lleve el Marques de Leganés en diez y siete dias la

celebrada Plaza de Brem, y la de Verceli en quarenta, dos de las mejores de Italia: que habiendo entrado con poderoso exército en la Cantabria el Príncipe de Condé, y héchose Señor de los Pasages, Lezo y Rentería, pareciendo poco á su presupuesto, no solo la Plaza que sitió, sino San Sebastian, Vitoria y el Reyno de Navarra, se le defienda dos meses Fuenterrabía con las murallas caidas, y poco mas de mil hombres, con muerte de dos mil y quinientos Franceses; y últimamente el esfuerzo que da á sus vasallos el corazon magnánimo de S. M., la atencion y prudencia del Conde, el valor y gallarda resolucion del Almirante de Castilla y Marques de los Velez, la disciplina y experiencia de los Cabos que concurrieron en aquel exército, con la gente que se hallaba en España, sin que viniese de fuera de ella, despues del sitio, de los exércitos de S. M. compañía alguna, ni dexasen de ir las que estaban destinadas á los socorros para que se aprestaban, venzan al enemigo, embistiéndole tambien en sus mis-

mas trincheras, prendiéndole mil y quinientos infantes, ahogándose cerca de dos mil, y otros mil y quinientos muertos en aquella campaña, perdiendo su estandarte, todas sus banderas, artillería y vagage: que habiendo puesto una armada tan grande en la mar, como la que conduxo el Arzobispo de Burdeos, y quemado doce baxeles nuestros indignamente en el Puerto, de donde á fuerza de valor fuera mejor probar á sacarlos, se les defienda mas de siete dias el galeon Santiago, y se vuelva su armada sin poderlo ganar: que ni el desórden de nuestras galeras baste á que dexase el enemigo de perder la nobleza de toda la Provenza, y con ella mas de quatro mil y quinientos soldados, y de los nuestros solos mil y trescientos: que abordando diez y siete navíos rebeldes á siete de España, los suyos boyantes, y los nuestros cargados, se defienda tres dias peleando el Vizconde de Centenera Don Cárlos de Ibarra, y se retire el enemigo con daño y pérdida suya; y que habiendo entrado en la Bahía de San

Salvador del Brasíl tan poderoso el Conde Mauricio, le venciesen las armas de España con pocos soldados y pocos mas ciudadanos, obligándole á embarcar con muerte y prision de dos mil rebeldes, pérdida de artillería y vagage : fácilmente conocerá quien esto leyere, quánto mas pesa el esfuerzo de las armas y soldados del Rey, que el número en que han excedido tanto este año las de sus enemigos ; reconociéndose lo poco que debe la nacion Francesa al Consejo Frances, que poniendo en los oidos de su Rey Christianísimo tan terribles y artificiosas empresas, violenta el natural de un Príncipe tan benigno á turbar con sus armas la Iglesia, dar disposicion y causa urgentísima que crezcan los hereges contra la Romana, los rebeldes contra su Rey, grandes Príncipes vivan desterrados de sus Estados, y en perpetua calamidad y guerra la Italia ; y pudiendo gozar Francia de una honesta y abundante paz, ó emplear sus inquietas y belicosas tropas contra el enemigo del nombre christiano, elige esta violentísi-

ma mano, no solo conducirlas, sino precipitarlas por pérdidas, ruinas y muertes, fomentando la guerra con una nacion tan su vecina, valerosa y católica como la Española, practicando con escándalo universal de las gentes la bárbara doctrina que manifiesta el bronce de su artillería; siendo cierto, que solo este año han muerto mas de veinte y seis mil Franceses en las batallas que se han referido: de donde puede colegirse quántos habrá consumido la guerra de diez años á esta parte que se continúa. Tambien se dexa conocer fácilmente, si se mira á la justificacion de la causa, que tanto debe y suele influir en los buenos ó malos sucesos, que el vencer las armas de España en tantas partes del mundo, habiéndose hallado sus enemigos con tan grandes ventajas, manifiesta el cándido y religioso ánimo de nuestro Rey, á cuyas armas asiste la proteccion de Dios singularísimamente, por que solo aspiran á la defensa de la Religion Católica, al castigo de sus rebeldes, á conservar en paz á la Italia, á

contener en debidos términos á Francia, y á conseguir con una valerosa y justa guerra una firme y segura paz.

FIN.

BIBLIOTECA PUBLICA VIVANCO

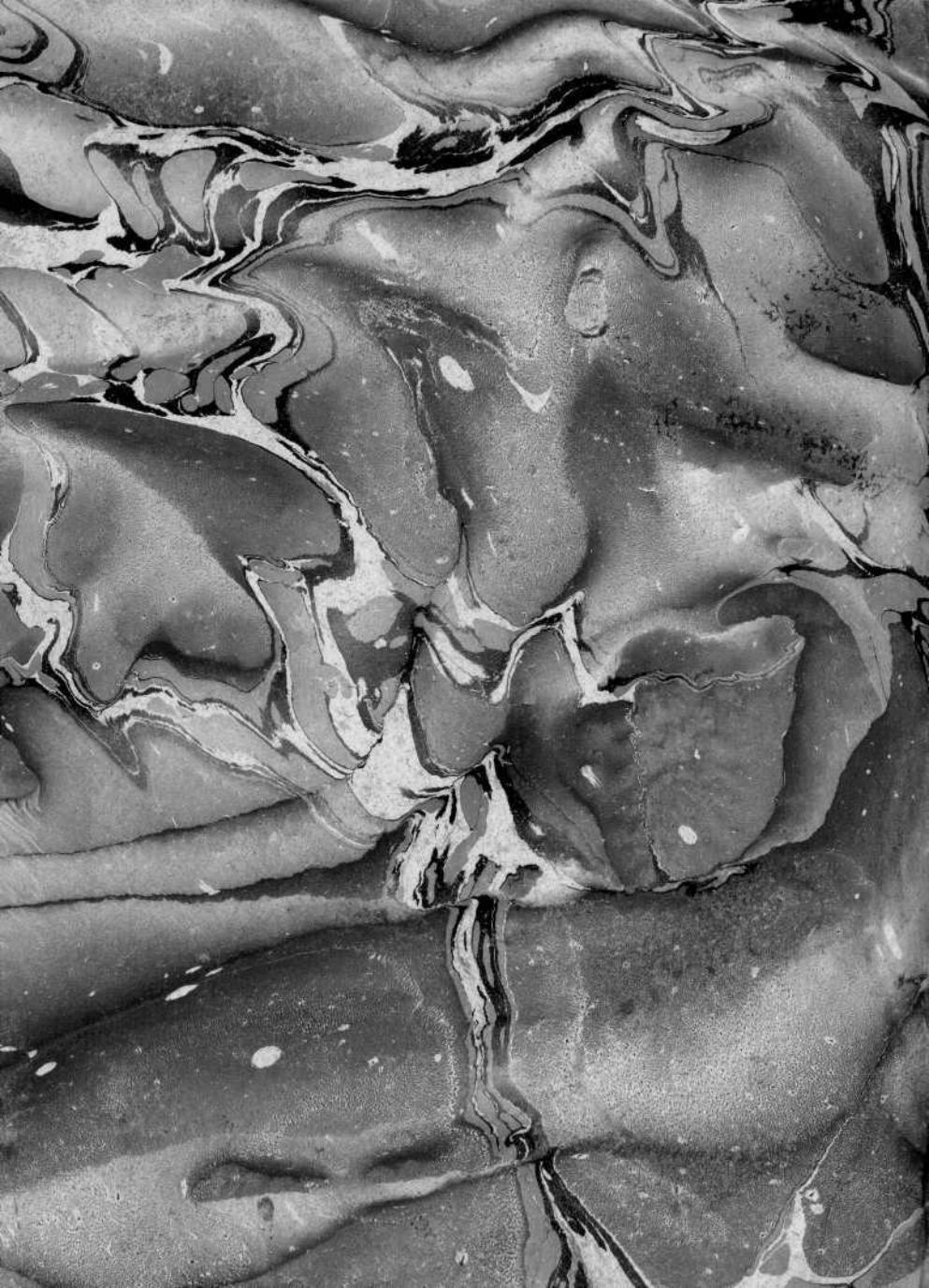
VISTA DE LA PLAZA DE LA CIUDAD DE FUENTERRABIA,

Sus cercanías, y estado del Campo Frances, en el Sítio del año 1638. mirada p.r el alto del Monte Jaizquíbel.

Explicacion de los Numeros.

1. Palacio del Rey, construído á pr.ba de bomba.
2. Iglesia Parroq.l de S.ta María.
3. Almacen á prueba de bomba.
4. Baluarte de la Magdalena.
5. Baluarte de Leyva.
6. Baluarte de la Reyna.
7. Puerta de Tierra.
8. Baluarte de S.ta María.
9. Baluarte de S. Felipe.
10. Baluarte de S. Tiago.
11. Castillo del Yguér.
12. Armada Francesa, al mando dl Arzobispo de Burdéos.
13. Fortaleza Francesa, al m.do del Duque de la Valéta, en la Colína llamada Porcaz.
14. Tienda de Camp.a del Principe de Condé, en el Caserío de Butron.
15. Basilica de Nra Sra de Guadalupe, en el Promontório Olearso.
16. Exercito Español, al mando del Marques de Torrecusa.
17. Exercito al mando del Marques de Mortara, cerca del Campo Frances.
18. El Almir.te y el Marq.s de Velez, con el Exercito Español.
19. Isleta bañada en los crecientes del már.
20. Dos Fuertes del enemigo, y Campo de batalla de la Infantería Española, y Caballería Francesa.
21. Dos Baterías á la orilla del Río.
22. Batería junto a la Basilica de Sta María Magdalena.
23. Bat.a contra el Baluarte de la Reyna.
24. Batería contra el de Leyva y Puer.ta de S.n Nicolas.
25. Bat.a enemiga en la Colína de la Hermita de Nra Sra de Gracia á las ordenes del Marq.s de Gebre.
26. Bat.a en el Arenal de Ondarraizu á la orilla de Francia.
27. Hermita de Nra Sra de Gracia.
28. Puente de Amute, fortalecido por centinelas francesas.
29. Fortaleza enemiga, bajo la Colina de Guadalupe, al m.do del Conde de Agram.te
30. Lugar de Yrun, en donde estuvo la Caballería Francesa al mando del Duque de S. Simon.
31. Exercito al mando de D. Pedro Giron, contra las fortal.s enemig.s de Yrun.
32. Iglesia de Santiago, p.r donde el Enemigo pasó á España.
33. Lugar de Endaya, dis.te Mil varas de la Plaza.
34. Camino p.a la Basilica de Guadalupe.
35. Rio que baña el barrio Chiplau.
36. Rio que baña el barrio Jaizubia
37. Exercito, al mando de D. Anton.o Gandulfo, cerca de los Quarteles enemigos de Mendelo.
38. Fortaleza Francesa á la entrada del Puente Mendelo.
39. Rio Vidasoa, limite de Esp.a y Francia
40. Promontorio Olearso, que sigue al Monte Jaizquibel.
41. Monte Jaizquibel.
42. Hermita de S.ta Barbara.
43. Hermita de S. Thelmo.

Se hallará en la libreria de Munita, Calle de las Carretas, frente de la Imprenta Real.



SOCORRO
DE
UENTERA

71307